



TerBi

Nº 15
Noviembre
2020

Revista de la Asociación Vasca
de Ciencia—Ficción, Fantasía y Terror

Especial X Concurso de Relato
Temático “Viajes en el tiempo”

Con el relato ganador

Flux Time de *Juan José Tarí Agulló*

Incluye los 2 relatos finalistas

Historias Columbia

de *Francisco J. Jariego Fente*

Un pequeño detalle

de *Leonardo Roperó Serrano*

TerBi

Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial X Concurso TerBi de Relato Temático “Viajes en el tiempo”

Sumario

— Editorial _____ pág. 3

— Fallo del IX PREMIO TEMÁTICO TerBi 2020
“Viajes en el tiempo” _____ pág. 4

Relatos premiados del Concurso TerBi

— Flux Time de *Juan José Tarí Agulló* _____ pág. 5

— Historias Columbia de *Francisco J. Jariego Fente* _____ pág. 21

— Un pequeño detalle de *Leonardo Roperó Serrano* _____ pág. 39

Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Joserra Vila*
- *Portada: Steampunk de Greendragon-Gecko*
- *Ilustraciones de Ricardo Manzanaro*

CC0 Creative Commons Gratis para usos
comerciales No es necesario
reconocimiento

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



safe creative

[Creative Commons](#)
[ReconocimientoNoComercial—](#)
[SinObraDerivada 3.0](#)

EDITORIAL

Presentamos el fanzine del X certamen TerBi de Relato Temático. En él se puede leer el relato ganador, así como los finalistas.

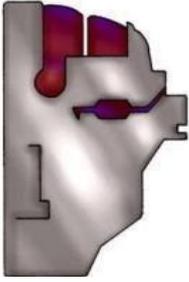
Este evento está organizado por la asociación TerBi, que lleva a cabo diversas actividades, casi todas en Bilbao, relacionadas con nuestros géneros literarios y cinematográficos favoritos, la ciencia-ficción, la fantasía y el terror. La principal y la más veterana es la TerBi, la tertulia mensual de aficionados que se celebra desde hace 26 años. Además, organizamos dos jornadas al año, con charlas y presentaciones (el que lo desee las puede ver en el canal TerBiCF de YouTube). También llevamos un taller de relatos online.

El Certamen TerBi tiene la particularidad de que los relatos deben tratar sobre un tema concreto, decidido por los miembros del jurado del premio, lógicamente relacionado con la ciencia-ficción. Se remarca en las bases del certamen que tienen tanta importancia la calidad del relato como que se ajuste al tema. En este sentido, un cuento no relacionado con la temática, a juicio del jurado, es automáticamente descalificado. Desde las primeras ediciones, y sin duda por la facilidad que ofrece enviar el relato por correo electrónico, hemos recibido muchos cuentos, aunque también hay que señalar que una buena parte de los mismos, a pesar de constar de forma expresa en las bases, no tienen nada que ver con el tema especificado. No obstante, el resultado, gracias al esfuerzo lector y crítico del jurado, podemos decir que hay gran calidad en todas las ediciones.

Otro de los puntos fundamentales del certamen es que la TerBi elabora en todas las ediciones un fanzine con los relatos ganador y los finalistas. Todos los años esta publicación ha contado con el favor y la aceptación de los aficionados, e incluso alguno de los cuentos quedó finalista de los Premios Ignotus que concede la AEFCFT.

El tema de este año era “Viajes en el tiempo” y por tanto en este nuevo fanzine del Certamen TerBi se pueden leer tres excelentes relatos que tratan sobre tal idea.

Esperamos que sea del agrado de todos los lectores este nuevo fanzine, y desde aquí animamos a los escritores a participar en la XI Edición, cuyas bases se publicarán en el blog “Noticias Ciencia-Ficción” <http://notcf.blogspot.com/> y en el grupo de facebook de la TerBi <https://www.facebook.com/groups/60167318666/>



**Fallo del X Premio TerBi
de Relato Temático 2020
“Viajes en el tiempo”**



En Bilbao, a 21 de octubre de 2020, se hace público el fallo del X Certamen TerBi de Relato Temático Fantástico “Viajes en el tiempo”.

Se han recibido 164 relatos.

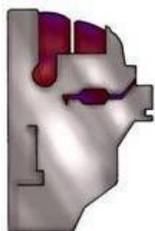
Tras deliberación, el jurado del premio acuerda:

Primero – Conceder el X Premio TerBi, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez, sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, así como varios libros de la colección “Espiral Ciencia Ficción” donados por su editor Juan José Aroz, al relato titulado «Flux Time», recibido bajo el seudónimo de “Versaldon”, enviado desde Elche. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor Juan José Tarí Agulló

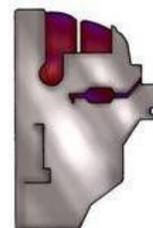
Segundo – Declarar como finalistas por igual a los siguientes relatos: «Historias Columbia» Francisco J. Jariego Fente (Madrid) y «Un pequeño detalle» Leonardo Roperro Serrano (León)

De acuerdo con las bases del concurso, se acuerda la publicación del relato ganador y de los dos finalistas en el próximo número del fanzine de la TerBi

TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror agradece el interés mostrado por los autores que han enviado un relato para el certamen, e invita a todos los escritores a participar en la próxima edición, cuyas bases se publicarán en breve



**X PREMIO TerBi 2020 de
Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror**



Flux Time

Juan José Tarí Agulló

Mike se aleja unos metros, pensativo, se detiene y alza la vista hacia la imponente torre blanca de Los Angeles City Hall. Entre las copas de los árboles que nos cubren yo también alcanzo a ver cómo su cúpula piramidal semeja rozar esas nubes grises que parecen presagiar lluvia. Mike se gira hacia mí y aún veo la incomprensión y la duda en sus ojos. Da unos pasos y mientras abre los brazos, dice:

— Me parece absurdo que esté haciendo esto.

Tal vez necesitado de una mayor justificación para sí mismo, añade:

— Cómo puedo ser tan ingenuo que me he dejado convencer para traerte aquí.

Quizás en estos momentos ambos estemos pensando en lo mismo, porque el eco de las palabras que pronuncié pocos días atrás aún parece refulgir en su mirada.

— Yo no soy tu padre —le dije.

El estupor y el desconcierto se dibujaron en su rostro entonces, pero yo no podía soportarlo más, necesitaba aliviar mi alma, expiar mi culpa, expulsar el dolor que me corroía por dentro. Habían pasado ya varios meses del accidente. Primero en la UCI, debatiéndome entre la vida y la muerte, tras repetidas intervenciones quirúrgicas que no consiguieron impedir que quedara atrapado para siempre en esta silla de ruedas. Después, largo tiempo de convalecencia en el hospital y por último en múltiples sesiones de rehabilitación que resultaron estériles. Mi vida, mi existencia, quedó pulverizada en aquel maldito instante. Me decían que lo importante era que había logrado sobrevivir. Pero, para qué, pensaba yo. Para qué, si ellas dos estaban muertas.

Mi mujer y mi hija eran las que me retenían aquí.

Fue entonces, al vislumbrar que jamás lograría alcanzar la paz y perdonarme a mí mismo, cuando comenzó a fraguar en mi mente la idea de regresar.

— Acaso quieres insinuar que mamá te engañó con otro hombre —dijo Mike tras reflexionar unos instantes, en los que no dejó de escrutarme con fijeza.

— No, no, claro que no –lo más lógico para cualquiera era pensar en eso, pero nada más lejos—. Solo hay que fijarse en tus rasgos. Compartes mi color de ojos, mi hoyuelo en la barbilla, también en el timbre de tu voz resuena la mía. No me refiero a eso; tu madre me ha querido hasta el último día –sentí que casi se me quebraba la voz al recordarla—. Se trata de algo que puede resultar inconcebible –suspiré por fin.

— Tranquilízate, papá –Mike me puso la mano sobre el antebrazo, que descansaba sobre un lateral de mi silla de ruedas, en un gesto afectuoso—. Cómo no vas a ser mi padre si has estado conmigo durante toda mi vida. Pero recuerda que, a veces, como ya nos dijo el psicólogo, pueden asomar ciertas incongruencias en el comportamiento que no son otra cosa que una expresión del sufrimiento padecido.



Iba a replicarle, a rebatírselo, cuando añadió:

— Además, cómo no vas a serlo, si tú eres el principal responsable de lo que soy, de las metas que me proponías, de la vida que escogí.

Levanto la mirada para contemplarlo, para agradecerle aquellas palabras de cariño, aunque estuvieran basadas en la gran mentira de mi vida aquí. Qué distinto era este Mike, con 32 años, uno de los directores de desarrollo tecnológico de Microsoft en Redmond, de aquel niño de tan solo 7 años que conocí a mi llegada. Y cuán cierto era lo que decía, pues ya en el colegio, antes de pasar a secundaria, en cuanto creí que tenía capacidad para ello, comencé a inculcarle la pasión por la informática, a infundirle el aliento por la computación. Y arraigó de tal forma en él que no tardó en sentirlo como una vocación propia. Al fin y al cabo, fue ese mismo arrebató por el desarrollo informático lo que me había traído hasta aquí. Para poder contemplar sus orígenes.

— Eras muy pequeño cuando sucedió —le dije, en un tono que era poco más que un susurro—. No puedes acordarte.

Desvió la mirada y la paseó por la sala, como si necesitara tiempo para asimilar cuanto le estaba diciendo. Él también debía debatirse entre sentimientos encontrados; por un lado el cariño hacia quien consideraba su padre, por otro la convicción de que aquel accidente tenía un solo responsable. Yo le había arrebatado casi toda su familia. A su madre y a su hermana pequeña. No había llegado a echármelo en cara, pero en alguna ocasión de estos últimos meses estuvo muy cerca.

Se giró y de espaldas a la ventana, con la cara ensombrecida por el contraluz de la claridad del atardecer que se filtraba entre los visillos, dijo:

— Claro que me acuerdo y nada extraño acude a mi memoria —su voz se tornó más indulgente—. Pero cuando pase un tiempo dejarás de pensar en ideas incongruentes,...yo te ayudaré, no te preocupes.

De repente, llevado por la emoción, yo no pude evitar nombrarla.

— Pero, ella,...Lisa...—se me encogía la garganta al pronunciar su nombre—. Dios mío, mi pequeña, de tan solo 19 años...Lisa sí era hija mía.

Sin hacer caso a mis palabras, Mike me miraba con la compasión reflejada en sus pupilas. A pesar de su dolor, me consideraba su padre. Entonces me palmeó el hombro con suavidad y dijo:

— He pensado que vengas a vivir conmigo a Seattle. Entre los dos podremos superarlo mejor, ya verás.

Hacía ya casi veinte años que dejamos Los Ángeles para trasladarnos a vivir a Silicon Valley, al sur de San Francisco y aquí nació mi hija Lisa. Nos instalamos en una bonita casa con jardín, no lejos de Cupertino, donde se encuentra la sede de Apple. Más adelante Mike consiguió una beca en la Universidad de Stanford, donde se doctoró cum laude en ingeniería informática. Allí obtuvo una plaza de profesor poco después. Pero algo más tarde, de eso hacía casi tres años, no pudo rechazar una extraordinaria oferta de la sede central de Microsoft y se marchó a vivir al norte. Supuse que el hecho de su reciente divorcio facilitaba que me pudiera hacer aquel tipo de ofrecimiento.

Cogí su mano entre las mías.

— No será necesario —carraspeé para aclararme la voz y alcé la vista hasta fijarla en aquellos cabellos rubios que yo tanto había alborotado mientras se iba haciendo mayor, en aquellas facciones que tanto me recordaban las de mi adorada Susan—. Déjame que te cuente cómo sucedió todo, qué pasó con tu verdadero padre y lo que quiero que hagas por mí.

* * * * *

— Si fuera verdad todo lo que me has contado, tan solo faltarían 34 minutos para ese momento que esperas —Mike deja de mirar su reloj y añade—. Eso querría decir que, efectivamente, fue hace 25 años cuando sucedió aquello.

Miro a nuestro alrededor, el tráfico sigue denso en Main Street y la circulación resulta bastante ruidosa en la calle situada a nuestras espaldas. Sin embargo en esta plazoleta cubierta de árboles, junto al monumento Frank Putnam Flint Memorial Fountain, apenas deambulan cinco o seis personas, aunque nadie puede escucharnos.

— Sí, aquel día: 21 de febrero de 1984, tu verdadero padre se encontraba exactamente en este lugar —señalo a mi derecha, mientras cuento mentalmente las losetas marrones que pavimentan el suelo—. Ahí, justo a 28 losetas a la izquierda del monumento del ex-senador Flint, casi al lado de la farola que se alza en la esquina de ese parterre.

Mike da unos pasos y se sitúa en el sitio exacto. Mira la farola que se levanta sobre el césped y pregunta:

— ¿Aquí?

Asiento con la cabeza mientras mi memoria evoca el recuerdo.

Pudo haber sido cualquier otra persona de quienes andaban por aquí aquel día, pero el destino quiso que en ese mismo instante: las 11 de la mañana, 32 minutos y 20 segundos, fuera Nelson Jones quien pasara por allí tras llevar a cabo diversas gestiones en las dependencias municipales. Y por ello, en aquel momento, encontré mi lugar en la mente del padre de Mike.

— Hoy es 21 de febrero de 2009 y es mi última oportunidad. Debo de estar situado en ese punto exacto dentro de —miro de nuevo el reloj— 31 minutos y 28 segundos.

Afianzo las ruedas de mi silla y comienzo a avanzar hacia allí.

— De todos modos —añado, respirando entrecortadamente. Cualquier pequeño esfuerzo me agota—, su radio de influencia es de algo más de un metro y aunque el proceso permanece activo durante un minuto, en la restitución no se invierten más de 20 segundos —le señalo con el dedo—. Recuerda mantenerte a cierta distancia, pueden producirse emanaciones tangenciales absolutamente demoledoras para la mente de individuos inapropiados.

Pienso en qué sería de mí si Mike no hubiera accedido a traerme, si yo no hubiese sido capaz de convencerlo. Lo miro fijamente y le digo:

— Aunque te cueste creerlo, he venido a este mismo lugar, en esta misma fecha y hora, cada uno de los últimos 25 años —insinuó una media sonrisa—. Aunque ninguna de esas veces me atreví a ponerme en el punto Flux, aquí donde me encuentro ahora.

Tal vez el contárselo poco a poco haya sido decisivo.

* * * * *

Nos encontrábamos en el salón de casa, en Silicon Valley. Una casa que apenas sentía ya como mía. Por el gran ventanal, más allá del jardín, se veía la calle soleada. Varios chiquillos paseaban con sus bicicletas, gritando alegres entre ellos. Ralph, uno de los vecinos de enfrente, recortaba el césped junto a su garaje. La vida seguía adelante para todos pero para mí ya nada tenía sentido. Muchas noches sin dormir, mucho tiempo pensando en lo que pasó y cómo pasó. De qué forma yo mismo había destruido la vida por la que muchos años antes había sido capaz de dejarlo todo atrás.

Los engañé a todos.

A Mike. A Susan, que había sido mi mujer. A mi hija Lisa. A los amigos, al resto de los familiares, incluso a la madre de Nelson mientras vivió. Quizás fuera solo ella la que alguna vez me observaba con un punto de recelo en la mirada, aunque mis muestras de afecto siempre conseguían acabar con cualquier susceptibilidad.

Todo, o casi todo por lo que escogí esta vida me había sido arrebatado. Yo mismo era poco más que una piltrafa humana. Qué lejos y qué poco quedaba de aquel joven de 34 años que el martes día 21 de febrero de 1984 fue el fortuito receptor que albergó mi comparecencia en esta época.

Afortunadamente nuestra economía familiar me había permitido contratar a alguien para que se ocupara de la casa y también atender todo aquello que mi incapacidad física me impedía. Mike había solicitado un cambio de fechas en su periodo de vacaciones para acompañarme cuando abandoné el hospital. Ya llevaba varios días conmigo cuando decidí revelárselo.

Le pedí que me sirviera una copa. Él también se puso otro Jack Daniel's con hielo. Entonces, solos en casa, pues había dado la tarde libre a mi cuidador; uno frente al otro, yo en mi silla de ruedas y él sentado en el sofá, comencé a hablar.

— Escucha con atención, Mike. Y no digas nada hasta que termine, luego podrás preguntarme todo lo que quieras.

La incertidumbre refulgía en las pupilas del hijo de Nelson Jones. Con gesto serio, bebió un sorbo de licor y se limitó a asentir.

— Mi verdadero nombre es Roland Garside –bebí también yo—...y vine del futuro.

Sus ojos y su boca se abrieron. Alcé la mano para pedirle que me permitiera hacer un paréntesis que favoreciera su comprensión.

— Tranquilo, Mike, no te cierres en banda porque sí. Abre tu mente. Verás, te voy a decir algo que quizás te ayude a comprender.

Percibí que su rostro adquiría una expresión dubitativa, pero expectante.

— Aunque entonces eras muy pequeño, solo 7 años. ¿Te acuerdas de cuál era el trabajo de tu padre? ¿A qué se dedicaba?

Tras pensar durante un instante, contestó.

— Era,...eras...Trabajabas en una compañía de seguros.

Mientras respondía su semblante parecía revelar su propia turbación interior.

— ¿Y en qué me convertí pocos años más tarde?

— Te dedicaste a la programación informática.

— En efecto, y para mí fue muy fácil conseguirlo. Lograr las convalidaciones académicas y superar los exámenes pertinentes –sonreí al recordarlo—. Y no tardé en poder optar a puestos de relevancia en las empresas de Silicon Valley. Por eso dejamos Los Ángeles y nos vinimos a vivir aquí –extendí los brazos con satisfacción—. A todos os sorprendió mucho mi evolución, pero compartisteis mi éxito.

Mike me miraba con los ojos muy abiertos, como si entonces comenzara a percatarse de las especiales circunstancias que modificaron la vida familiar años atrás.

— Fue tan fácil para mí estar por encima de las exigencias de la informática de estos tiempos. Allí de donde vine yo era doctor en computación vectokática.

Ante su gesto de perplejidad, lo aclaré con rapidez.

— Claro, disculpa el término, aún falta más de un siglo para que comience a desarrollarse; sucederá después de que la computación cuántica resulte ampliamente superada.

— Quieres decir...—comenzó a decir Mike, pero con un gesto lo insté a esperar.

— Lo que quiero decir es que los elegidos para el Proyecto Flux Time pudimos escoger la época a la que deseábamos viajar. Por ese motivo yo decidí hacerlo al periodo en que se desarrollaron los primeros ordenadores personales, a finales del siglo XX. Escogí venir a 1984.

— Claro, ahora comienzo a entender...

En las pupilas de Mike advertí entonces un mínimo destello de credulidad.

— Por eso me alentabas constantemente hacia la informática. Me dedicabas mucho tiempo con juegos que trataban de excitar mi imaginación en ese sentido. Las computadoras lo eran todo para ti y deseabas que también lo fueran para mí.

Intervine de nuevo.

— Ahora te estás dando cuenta de que algo sí cambió en tu padre en aquellos años.

Proseguí, era el momento de remachar.

— Cambió de trabajo y después también cambió de ciudad. Muy raro, ¿no?

A pesar de que el rostro de Mike era la representación del desconcierto, también era la faz de quien aún se resiste a ceder y someterse a las evidencias que lo acosan. Quise darle una breve tregua para ayudarlo a asumirlo.

— Pero todo eso se produjo porque sucedió algo con lo que yo no contaba, por ello decidí no regresar —su cara de sorpresa se evidenció más aún—. Me quedé aquí porque me enamoré de tu madre.

* * * * *

No creo que vaya a llover pero el ambiente ha refrescado en estos últimos minutos. De todos modos este grueso chaquetón me protegerá si caen algunas gotas antes de que suceda.

Mike se mueve como un animal enjaulado, deambula de aquí para allá mientras el tiempo va corriendo lentamente. Muchas dudas e inquietudes, demasiada confusión en su cabeza durante estos últimos tres días. Se diría que no se lo cree, pero que a la vez teme lo que pueda pasar. Dentro de muy poco ya, tan solo 19 minutos.

Una pareja mayor que camina bajo los árboles pasa junto a nosotros y la mujer nos mira con curiosidad, después se alejan poco a poco. A nadie más tenemos cerca.

— Quizás debimos traernos un paraguas —murmura Mike cuando lo tengo delante, en tanto se alza el cuello de su cazadora. Parece una frase sin otro ánimo que relajar la tensión que le atosiga desde que le conté mi secreto.

Me observa como si supiera lo que estoy pensando. Yo también lo hago y vuelvo a examinar esos rasgos que tanto me recuerdan a su madre.

Susan, aquella maravillosa criatura de apenas 30 años, cuya belleza y modo de ser me fascinaron nada más conocerla. Casi no me pude creer que fuera mi mujer —la de Nelson Jones, claro— e intenté no conducirme como el recién llegado que era. Procuré moderar el ardor y el deseo que me consumían al tocarla, aunque no lo conseguía del todo. A pesar de llevar ocho años casados a ella también le satisfacía que volviera a comportarme como cuando nos conocimos, me decía.

Solo un día antes, en el futuro, yo tenía 48 años, era un hombre físicamente vulgar, con una vida sentimental y sexual poco digna de admiración. Sin embargo, tras producirse el “Flux Time”,

me encontraba en la piel de un tipo atlético, apuesto y mucho más joven, del que aquella preciosidad estaba enamorada. No solo había llegado al mundo que quería, sino que difícilmente pude haber soñado en un modo mejor.

— Tal vez debí marcharme antes —las palabras salen de mi boca casi sin proponérmelo—. De ese modo tu madre y tu hermana no hubieran muerto.

Mike se me queda mirando en silencio, sorprendido, aunque no es la primera vez que me lo ha oído decir en estos últimos días. Pero sí, quizás debí hacerlo hace diez años, cinco, tal vez solo tres...Y eso es como un puñal que se me clava en el alma.

Parece abandonar por unos instantes su escepticismo habitual y se deja llevar.

— ¿Ni una sola vez te planteaste volver?

— Había decidido quedarme aquí. Tenía todo cuanto un hombre podía desear. Mi vida era más completa y feliz que la de allá de donde venía —miro hacia las ramas de los árboles que nos cubren y prosigo—. Al principio mis visitas a este lugar aún fueron más frecuentes, las mismas que marcaba el protocolo Flux para la Restitución: Al día siguiente de la llegada, a la semana siguiente, al mes siguiente, a los tres y a los seis meses. Después, uno a uno, los 25 años, hasta hoy. Lo hacía como una especie de control de la voluntad; en el fondo de la mente siempre queda ese resquicio por donde surge una vocecita que te va preguntando: ¿Estás seguro? Recuerda que aquí solo eres un extraño, tu perteneces al futuro, de allí viniste. Pero saber que hasta que no pasaran 25 años no se cerraría la posibilidad de regresar, siempre me permitía acallar esa voz.

— Aunque, ahora, todo ha cambiado —la voz de Mike suena distante y fría.

— Cierto, lo que me retenía aquí ha desaparecido y además mi propia vida se ha convertido en un infierno.

— Te voy a decir una cosa, papá...o quien quiera que seas. Si al final fuera cierto y todo sucediera así como dices, no creo que puedas eludir el sentimiento de culpa que te perseguirá allá donde quiera que vayas.

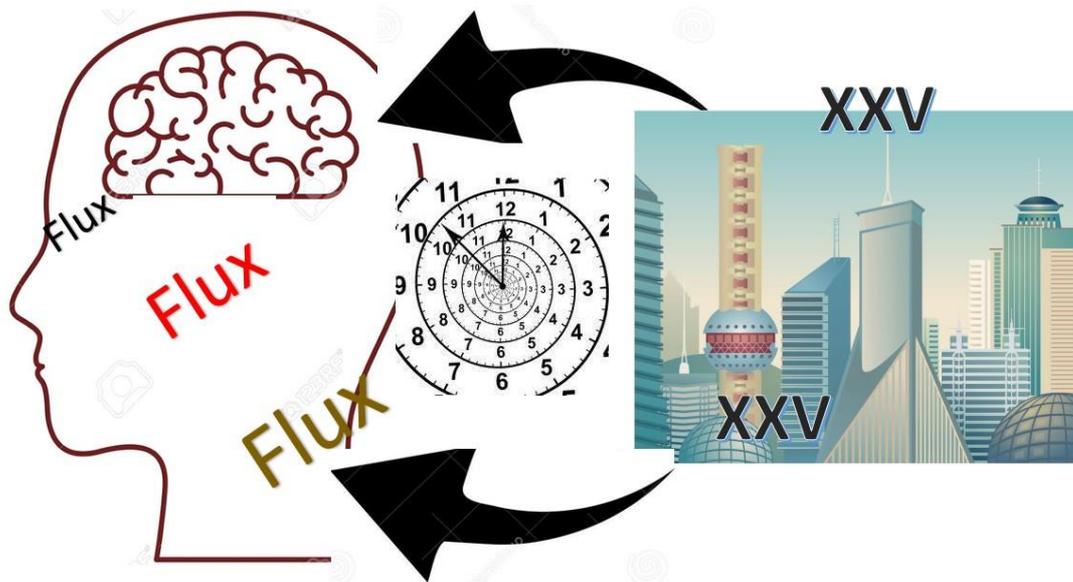
Ahora parece ser Mike quien, ante la inminencia de los acontecimientos, se deja llevar por emociones que atropellan su entendimiento. Y probablemente tenga razón.

* * * * *

— Me he despertado esta noche con esas palabras en la boca —dijo Mike, removiendo su café con la cucharilla. Habíamos salido a desayunar bajo el porche pues el clima parecía mostrarse indulgente pese a encontrarnos a mediados de febrero—. “Flux Time”...¿Cuál es su significado?

Lo miré sin pestañear.

— Como te dije ayer, yo no soy más que la esencia mental que habita el cerebro de tu padre. Él no ha muerto, lo tienes ante ti. Se podría decir que desde que yo llegué a su mente, él entró en modo “reposo”, dejándome a mí la iniciativa. Esto se ha producido a causa del “Flux Time”. Pero, no te preocupes, recuperarás a tu padre cuando yo me vaya.



Mike me miraba absorto, pendiente de cada una de mis palabras.

— No dejes que se te enfríe el café –le dije, señalando su taza. Yo mismo bebí un sorbo antes de proseguir—. Ahora, vayamos a tu pregunta: ¿Qué es el “Flux Time”?, o mejor aún, ¿cómo he podido haber llegado hasta aquí?

Hice una breve pausa, era el momento clave y quería escoger las palabras adecuadas.

— Verás, yo nací a finales del siglo XXIV y por entonces ya se habían desarrollado las bases teóricas y técnicas del viaje temporal, pero algo fallaba. Durante años fueron sumando fracaso tras fracaso. Pero la casualidad intervino cuando estaban a punto de cancelarse los presupuestos de investigación. Entonces alguien lo relacionó con las mentes Flux –extendiendo los brazos, sonrío de oreja a oreja— y eso permitió dar un giro trascendental al proyecto. Fue el comienzo del éxito.

— ¿Mentes Flux?

— Solo un ínfimo porcentaje de la población la poseemos. Yo soy uno de ellos. Se trata de una cualidad inaprensible de la mente, que semeja estar dispersa, sin asentamiento claro en ningún lugar del cerebro y que permite su manipulación. De ese modo y por así decirlo, se nos “extrae la mente” y se envía a través del tiempo.

Hasta ese momento no había visto a Mike tan interesado. Decidí proseguir.

— Los científicos afirmaron que se trataba de una secuela insólita de la vacuna del Alzheimer y probablemente comenzó a desarrollarse varias generaciones después de su primera aplicación.

— ¡Se consiguió vencer al Alzheimer? —vi un destello de alegría en los ojos de Mike—. ¿Cuándo sucedió,...sucederá?

— Aún falta más de un siglo para ello —hice una mueca—. Y no me preguntes si podríamos traer esa vacuna ahora. Es absolutamente imposible. Nada debe interferir en los hechos del pasado para que no se modifique el futuro —abrí las manos solicitando su comprensión—. Los Fluxers no somos más que meros testigos, sin posibilidad alguna de plantearnos algo así. Ya se han ocupado de ello antes de enviarnos al pasado.

— Pero, por lo que a ti respecta, sí que pudiste decidir no regresar.

— Cierto, la inserción mental es aleatoria y por lo tanto no tienen control sobre ello. Aunque nuestra única prerrogativa es la de escoger el momento del retorno, pues múltiples circunstancias pueden afectar a nuestra presencia en la época destinada. Por eso disponemos de diversas posibilidades, pero con un máximo de 25 años.

Depositó la taza sobre la mesa y me sequé la comisura de los labios con una servilleta de papel. Dejé vagar la mirada a lo lejos, entre las nubes que comenzaban a tapar el sol de la mañana.

— La grandeza del “Flux Time” ha sido conseguir el traslado de una mente, de una conciencia del siglo XXV, a cualquier mundo del pasado. Introducir a individuos del futuro entre quienes habitan otras épocas y ser testigos de ello. Un triunfo colosal.

Bajé la vista y busqué los ojos de Mike. Parecía hechizado por mis palabras.

—Nada que ver con lo que muestran esas películas de ciencia-ficción, tipo “Terminator”, en las que alguien surge de la nada, con su propio cuerpo, venido desde algún lugar del futuro. Eso es imposible aún y probablemente nunca suceda.

* * * * *

Son las 11 de la mañana, 20 minutos y 34 segundos.

Comienzan a caer algunas gotas dispersas, aunque la espesura del ramaje que nos cubre impide que nos alcancen.

Faltan poco más de 11 minutos para la Restitución.

— ¿De verdad crees que ocurrirá? —la voz de Mike parece más grave de lo habitual. Esta espera le está destrozando los nervios. Lo entiendo, no puedo negar que también a mí me afecta.

— Estoy seguro —respondo con una rotundidad que me gustaría tener.

Lo cierto es que recuerdo el efecto casi evanescente que produce la Restitución. Me fijé en ello en cada una de mis comparencias anteriores. Semeja un casi inapreciable soplo de aire en la misma vertical de este punto, que apenas logra mover las hojas del árbol por arriba y le cuesta esparcir el polvo que ensucia las losetas del suelo. Y tan repentino como empieza, finaliza pocos segundos después. Solo eso, una pizca de aire del que solo yo capto su verdadero significado, su auténtica trascendencia.

Así lo he visto antes y así espero que vuelva a producirse hoy. Y que ese “aire” pueda llevarme al futuro de nuevo.

Con objeto de distraer a Mike y favorecer el paso de los minutos de un modo más sosegado, le digo:

— ¿No te has preguntado por qué aquí?

Veo que gira la cabeza, intrigado. Después de contemplarme un instante, observa cuanto nos rodea: los edificios, el tráfico, la torre del ayuntamiento. Luego mira al cielo, a esas nubes plomizas que al parecer han decidido concedernos una breve tregua antes del chaparrón.

— Qué más da —en el último momento, un gesto desdeñoso sustituye a cualquier otra respuesta—. Tal vez todo esto no sean más que secuelas de tu accidente, los desvaríos de una mente trastornada.

Pero, solo unos segundos después, como si de una disociación de personalidad se tratara, Mike modula de nuevo su voz y vuelve a aflorar el tono afable del hijo que siempre ha respetado a su padre.

— Lo siento, papá —hay emotividad en su tono—, pero comprende que todo es muy anómalo. Intento ayudarte, pero me cuesta mantener la credulidad ante algo tan inverosímil.

Trago saliva, yo también trato de ponerme en su lugar. Decido proseguir.

— Aunque ahora te parezca increíble, todo cuanto ves a tu alrededor, será un desierto dentro de cuatrocientos años. Un territorio desolado; ni rastro de la gran ciudad de Los Ángeles.

Parece preso de una peculiar apatía, como si su mente renunciara a razonar sobre unos hechos y unas circunstancias aparentemente disparatados.

— ¿Dónde irás? —pregunta de modo displicente.

No puedo menos que sonreír.

— Quizás la pregunta deba ser “a qué época irás” y no “dónde” —respondo en tono afectuoso—. Puesto que no me voy a mover de aquí.

— No entiendo —se limita a decir.

— Lo único que se levantará en este lugar —señalo el suelo—, aquí mismo, será la Estación Flux Time nº 2, en el siglo XXV.

El gesto de Mike parece un homenaje al escepticismo, pero sigue callado.

— ¿Por qué aquí, si esto era un desierto, te preguntarás? —han sido tantos años manteniéndolo oculto, que no puedo negar que encuentro un punto de satisfacción al poder explicárselo.

— Dado que, como te he dicho antes, solo viajamos en el tiempo, pero no en el espacio, se requiere que la Estación Flux Time esté ubicada en lugares que permitan las mayores posibilidades a nivel histórico. A la vez, en zonas de gran afluencia de personas, pues estas son la diana sobre las que se producirá el tránsito temporal.

Vuelvo a mirar mi reloj, apenas restan 7 minutos. Estoy a punto de concluir.

— Entre las grandes ciudades asoladas tras la hecatombe del siglo XXIII, se escogieron Roma y Los Ángeles, pues ofrecían posibilidades distintas. La estación nº 1 se construyó sobre un erial yermo, junto a lo que fue el antiguo Coliseo Romano, con la evidente garantía de encontrar en ese punto gentes de múltiples épocas y permitir el retroceso hasta civilizaciones remotas. La estación nº 2, en el centro de esta devastada planicie californiana, junto al antiguo ayuntamiento de Los Ángeles, es el contrapunto para el seguimiento de los siglos previos a la Gran Debacle.

Por cómo me observa, percibo que Mike va dejando atrás la incredulidad y parece darse cuenta de que estoy ofreciendo demasiados datos.

Con objeto de impresionarlo un poco más, añado:

— Si ahora pudiéramos ver el futuro, a pocos pasos de aquí y un par de niveles más alto contemplaríamos el cilindro metálico que conserva mi cuerpo en espera de mi regreso. Cuando vuelva a ocuparlo, no habrá pasado ni un segundo desde que lo abandoné.

* * * * *

Viernes 20 de febrero de 2009.

Había llegado el día de viajar a Los Ángeles y el taxi estaba a punto de recogernos para ir al Aeropuerto de San José.

— Todo esto es una locura, pero lo haré por ti, si de esa forma te sientes mejor —me había dicho Mike la tarde anterior.

Aquel era el único modo de comprobar cuanto le había estado contando estos últimos días, le señalé. No se perdía nada con ello y, al fin y al cabo, solo consistía en una excursión a la ciudad donde vivíamos cuando él era niño.

Yo corría con todos los gastos y había encargado con anterioridad los billetes de ida y vuelta en avión. También dos noches en un hotel situado en la propia Main Street, desde donde se podía llegar caminando hasta el City Hall en cinco minutos.

Mike se mostraba callado y taciturno mientras empujaba mi silla de ruedas por las dependencias del aeropuerto en dirección a la puerta de embarque, como si todo aquello que ahora sabía fuera una pesada losa para su conciencia.

Algo después de despegar, mientras el avión tomaba altura, pudimos contemplar una amplia panorámica de Silicon Valley y vi empequeñecerse poco a poco toda la zona sur de la bahía de San Francisco. Me prometí a mi mismo que en cuanto me fuera posible volvería allí, a descubrir lo que había quedado en pie, y también rastrear el lugar donde había estado la casa en que fui tan feliz.

Por la noche y una vez instalados, decidimos cenar en el restaurante del propio hotel, pues caía una ligera llovizna que no invitaba a salir a la calle. Mientras ojeaba el cielo desde nuestra mesa, situada junto a una gran cristalera que daba al exterior, suspiré por que mejorara el clima al día siguiente.

La voz de Mike interrumpió mis cavilaciones.

— No solo he perdido a mi madre y a mi hermana hace poco sino que, a menos que todo este no sea una quimera, mañana también perderé a mi padre. Estoy viviendo una puta pesadilla.

— El que ellas dos murieran por mi culpa me desgarró el corazón —susurré—. Por eso decidí marcharme, lo sabes.

Levante la vista por encima de los hombros de Mike. Unas mesas más allá, una familia parecía celebrar algún acontecimiento especial. Se escuchaban alegres comentarios y risas procedentes de un matrimonio de mediana edad, acompañado de sus dos hijos adolescentes, chico y chica. Aquella alegría, aquella felicidad, era la que nosotros mismos podríamos seguir disfrutando si aquel maldito accidente no hubiera sucedido. Tampoco yo tendría que marcharme y esta seguiría siendo la vida que querría

seguir viviendo.

Volví a concentrarme en Mike. Sus ojos traslucían el desconcierto en el que parecía estar sumido. Se estaba dejando llevar por quien consideraba su padre, aunque su cabeza debía de ser un hervidero de confusión. Me compadecí de su aflicción; nadie en su lugar podría comportarse mejor.

— No perderás a tu padre —le dije—. Al contrario, recuperarás a quien te cogió en brazos cuando naciste, al que te daba la mano para enseñarte a andar meses después; también a quien te consolaba cuando llorabas por las noches.

Parecía evocar todo aquello, pues vi cómo su expresión se suavizaba.

— Tu padre, tu verdadero padre, volverá mañana contigo a este hotel —concluí—. Y después ambos os marcharéis juntos a Seattle.

Nos quedamos por unos instantes en silencio ante la llegada del camarero con nuestros platos.

Ninguno de los dos parecía tener mucho apetito, así que tras unos primeros bocados un tanto apáticos, dejé el tenedor en el plato y murmuré:

— No soy tu padre, pero te he querido como un hijo —se me quebró la voz al añadir—. Allá de donde vine, yo vivía solo...y la única familia que he tenido en mi vida habéis sido vosotros.

Intenté una sonrisa para relajar el tono melancólico en el que nos habíamos sumido.

— Qué pudo haber sido de ti, Mike, si yo no hubiera aparecido. ¿Te lo has preguntado? Quizás ahora fueras un buen abogado, o tal vez analista de banca; también

podrías ser el jefe de ventas de una importante compañía.

— No cambiaría mi trabajo por ningún otro. Eso siempre te lo deberé a ti.

Había dejado de comer y, con los codos apoyados sobre la mesa, descansaba la barbilla sobre sus manos entrelazadas. Sus palabras resonaban con la convicción de quien se siente absolutamente seguro de lo que dice.

— No te preocupes, cuando todo haya pasado me seguirás viendo igual, con mi misma voz, pero te evitarás mi constante amargura y mi sensación de culpabilidad —afirmé—. Él sabrá todo, o casi todo lo que ha pasado estos 25 años, aunque algunas cosas no acabe de recordarlas con precisión, como el propio accidente, pues carecerá de ciertas percepciones. Eso lo ayudará a soportarlo mucho mejor.

* * * * *

Apenas faltan 3 minutos.

Vuelvo a cerciorarme de que estoy en el punto Flux, este lugar está grabado a fuego en mi memoria desde que llegué.

A pesar de que es mi decisión y sé que es esto lo que quiero, no puedo ocultar cierto hormigueo en el estómago. Tal vez pueda ser debido a que en breves instantes ya podré valerme por mí mismo. Aunque lo que verdaderamente me llena de inquietud es saber si cuando llegue el momento de mirarme en un espejo seré capaz de reconocerme en aquel que fui, en quien me espera en el siglo XXV.

Levanto el brazo derecho y le pido a Mike que se aproxime.

— Va a suceder, Mike. Debemos despedirnos ya.

Se agacha hacia mí y nos abrazamos, aunque me da la sensación de que su gesto es algo frío, como si estuviera fingiendo una despedida en la que no cree. Tal vez supone que esto no es mas que un simulacro y que nada va a pasar en realidad.

Sin embargo, tras apartarse, me señala.

— ¿Cómo sabré que no sigues siendo tú? – y en su voz me parece reconocer la de aquel niño que fue, cuando a veces se encontraba necesitado del amparo de su padre.

— Pregúntale por mi verdadero nombre, él no sabrá decírtelo y tampoco tendrá conocimientos de informática.

Ya falta muy poco, me sujeto con fuerza a las ruedas de mi silla y le digo:

— Cuando se haya producido el “Flux Time” sufriré algo semejante a un desvanecimiento, pero cuando recobre la consciencia quien despertará será el Nelson Jones auténtico. Tendrás contigo a tu verdadero padre de nuevo.

Mike se sitúa a unos tres metros y me mira como hipnotizado. Nadie más se encuentra en las inmediaciones.

— Adiós, Mike, mis mejores deseos para el resto de tu vida –le digo, alzando la mano.

— Adiós, papá...Adiós, Roland –su voz adquiere una extraña resonancia.

Vuelvo a mirar el reloj: 53 segundos y bajando.

Doy una última mirada a mi alrededor en muda despedida de este tiempo al que también puedo considerar mío. Y cuando estoy dispuesto a abstraerme de la realidad para acoger el influjo del proceso de Restitución que se iniciará en breve, escucho unas últimas palabras de Mike.

— De repente estoy recordando cuando me hablaste de que no debía modificarse el presente, para no alterar el futuro.

Habla con una expresión inusual en el rostro, como si estuviera a merced de una extraña alucinación.

— ¿Qué habría pasado si ellas dos no hubieran muerto?

— ¿Qué hijos podría haber tenido mi hermana Lisa y que ya nunca nacerán?

— ¿De qué forma se habría modificado el futuro?

Parece preguntárselo a sí mismo, pero siento cómo crece en mi interior una sobrecogedora incertidumbre. Y también noto cómo se me seca la boca.

Pero Mike aún lanza un último interrogante que semeja una afirmación.

— Quizás mi verdadero padre no hubiera tenido ese accidente...y no habría matado a su mujer y a su hija. ¿Te lo podrías imaginar?

Sus últimas palabras se funden ya con la suave sensación de brisa que empieza a extenderse sobre mi piel. Siento removerse mi pelo y comienzan a extinguirse cada uno de los sonidos que se escuchaban a mi alrededor.

Claro que lo puedo imaginar. Ahora me doy cuenta de ello.

Entre la vorágine que comienza a envolver mi percepción se introducen imágenes inconexas, ideas absurdas, y entre ellas una escalofriante posibilidad: ¿Y si yo mismo fuera un descendiente lejano de mi propia hija?

De esa hija a quien yo arrebaté la vida en un desgraciado accidente.

Por un instante aparece en mi mente la imagen del cilindro que conserva mi cuerpo hasta mi regreso. Y como si de una pesadilla se tratara, lo vislumbro vacío, como si su contenido se hubiera volatilizado inesperadamente o quizás, como si mi cuerpo nunca hubiera estado allí.

Antes de mi completa disipación una inusitada serenidad atrapa los últimos restos de mi conciencia. Nada parece importar ya. Me siento más allá del miedo y del dolor. Solo una cruel paradoja flota en algún profundo rincón de mí mismo.

Si no llegara a producirse la reintegración con mi anterior cuerpo, si fuera así de cruel, yo sería alguien que habría vivido dos vidas, aunque no iba a quedar ni rastro de ninguna de ellas.

Juan José Tarí Agulló

La trayectoria de Juanjo Tarí siempre ha girado en torno a la creatividad, ya sea como publicitario a nivel profesional o como guionista y dibujante de comics en su juventud, hasta desembocar en la narrativa literaria.

Como repite a quien quiera escucharle, las novelas que leyó en su adolescencia marcaron profundamente su espíritu imaginativo. No en vano, el seudónimo que utiliza (Versaldon) es un acrónimo de algunos de aquellos autores que despertaron su fantasía en esos primeros años: Julio **VER**ne, Emilio **SAL**gari y Jack Lon**DON**

Lector insaciable de cualquier género de novela y admirador declarado de Arturo Pérez Reverte, sigue siendo un gran amante del buen cómic, aunque en la actualidad la escritura forma parte ineludible de su día a día.

Autor de diversas obras, entre las que cabe destacar la “Historia de Elche en cómic”, difundida tiempo atrás en la prensa local, ha llevado a cabo variadas creaciones difundidas en fanzines y otros medios.

Su primera novela, titulada “Donde las olas me lleven”, donde la intriga y la aventura se despliegan sobre un trasfondo histórico muy conocido, se halla en manos de una editorial y será publicada en breve.

Actualmente se encuentra en el proceso de redacción de su cuarta novela, que será la última entrega de una trilogía, inédita todavía, en la que se combinan el thriller y la ciencia ficción.

Historias Columbia

Discontinuidades en parques temáticos

Francisco J. Jariego

Viajar al pasado

Ya no había vuelta atrás. El abono estaba realizado sin posibilidad de reembolso. Viajaríamos a la península del Yucatán en el año 1507, aunque habíamos barajado otras opciones. A mí me atraía mucho la posibilidad de visitar alguna de las ciudades del sur de Europa a principios del Pleistoceno. Tenía curiosidad por ver con mis propios ojos cómo eran la flora y la fauna de hace millones de años en los sitios en los que he vivido, y desde hacía poco tiempo era ya posible hacerlo, por ejemplo, en Madrid. El único problema era que las opciones de inmersión en una época tan remota me parecían aún, comparativamente, muy limitadas. Rudyard estaba emperrado con una oferta de Apple Disney que reproducía la experiencia del primer viaje tripulado a Marte. Todo el mundo está ahora obsesionado con Marte, está demasiado trillado. Por suerte logré convencerle de que para viajar a Marte era mucho mejor hacerlo en un crucero moderno y que el viaje en un primitivo transbordador espacial de finales del siglo XXI no justificaba el gasto. Ya tendremos oportunidad de viajar a Marte más adelante. Ahora que está a punto de nacer Nova me hace ilusión pensar que quizás, dentro de unos años, podremos visitarlo en familia.

Yo lo que siempre había deseado era poder navegar a bordo de una de aquellas frágiles carabelas con las que los marinos surcaron los océanos durante la era de los descubrimientos en los siglos XV y XVI. Esa sí que tuvo que ser una auténtica aventura que yo no quería perderme por nada del mundo. Aquellos marinos fueron los últimos exploradores de un planeta todavía desconocido, que se embarcaban en viajes de rumbo incierto, con tanta o más incertidumbre que la que enfrentamos ahora que estamos intentando llegar hasta algunas de las estrellas más cercanas al Sol. El Atlántico era entonces un océano completamente ignoto y misterioso. Cristóbal Colón, por ejemplo, estaba convencido de que podía atravesarlo para llegar hasta las indias por una nueva ruta. Y al parecer murió convencido de que lo había conseguido, sin comprender que realmente había descubierto un nuevo mundo.

Rudyard decía que el viaje era sólo una excusa para seguir dándole vueltas a las ideas sobre topología de la historia en las que estaba trabajando para mi tesis. A Rudyard siempre le ha

gustado tomarme el pelo con mi profesión. Dice que los académicos vivimos encerrados en torres de marfil y cree que estoy demasiado influenciada por mis estudios. Y no voy a negar que me moviera también el interés científico. Desde que la ciencia pudo confirmar que viajar al pasado nunca sería posible, reconstruirlo ha sido una verdadera obsesión. Hoy sabemos que es posible hacerlo con tanta precisión como sea necesaria. La historiografía es la disciplina científica y tecnológica que lo hace posible. Y los nuevos exploradores somos los turistas. Pero esa no era desde luego la única, ni siquiera la principal razón por la que yo deseaba hacer ese viaje. La verdadera razón es que me moría de curiosidad por vivir en primera persona aquel momento de la historia. Para los pobladores de América, los taínos con los que se encontró Colón en su primer viaje, o los mayas del Yucatán, la llegada de los españoles no debió ser muy diferente de lo que sería hoy ver por fin aterrizar en la Tierra naves extraterrestres. Por alguna razón, la expectativa de la visita de una civilización tecnológicamente superior ha anidado siempre en nuestro subconsciente y forma parte de muchas culturas a lo largo de la historia. Yo siempre me he preguntado cómo fue realmente ese momento. Qué vivieron y qué sintieron los mayas al ver arribar un barco hasta sus costas. Y a aquellos extraterrestres del siglo XVI que aterrizaban en un nuevo continente, a los españoles, ¿qué les movía?

A Rudyard, en cambio, lo de viajar a un parque temático histórico no era precisamente lo que más le apetecía para pasar las vacaciones, y convencerle no fue sencillo. Rudyard tiene muchas virtudes, pero la curiosidad intelectual no es una de ellas. No tiene ni idea de historia y nunca se ha interesado demasiado por saber cómo hemos llegado hasta aquí. Rudyard prefiere disfrutar el momento. Yo no hacía más que insistir en que debía salir de su zona de confort y que la visita al parque le vendría muy bien para adquirir un poco de perspectiva, pero de no haber sido por la noticia del galeón, quizás no lo habría conseguido. Ahora, la verdad, ya no estoy tan segura, pero en ese momento la noticia de que se había encontrado el segundo galeón de la familia Eslava desaparecido en la península de Barú en 1708 me vino literalmente de perlas. Si había algo que Rudyard deseaba era llegar a convertirse en un influyente como Sharon Saltman que, además de haberse hecho rico con el oro del galeón, es ahora una auténtica celebridad.

Saltman mantiene que descubrió la localización precisa del galeón mientras practicaba submarinismo dentro de una de las simulaciones en el parque temático de Historias Columbia. Tras su visita al parque sólo tuvo que buscar el dinero para financiar una expedición y llegar hasta el galeón que se había hundido durante una batalla naval con más de doscientas toneladas de oro a bordo. Lo más difícil fue atar los cabos legales para asegurarse de que, una vez rescatado, obtendría una jugosa recompensa, cosa que finalmente consiguió. Como la mayor parte de los metales, el oro es un material crítico para la industria, mucho más valioso hoy de lo que lo fue

nunca en los tiempos de los descubridores, cuando no era más que un metal precioso. Con un porcentaje mínimo pendiente de extracción en la corteza terrestre, ahora solo es posible conseguirlo en el mercado secundario de la economía circular, donde se pagan precios altísimos. Saltman mantiene que cualquiera puede hacer un descubrimiento como el suyo viajando al pasado y, claro, la gente le sigue embobada. A mi Saltman siempre me ha parecido un charlatán, y apostaría a que la historia del galeón forma parte de la propaganda del parque. La probabilidad de hacer un descubrimiento así es de una entre mil millones, pero no he querido desengañar a Rudyard.

Viajar es una vieja obsesión de la humanidad. Lo llevamos en los genes. Moverse de un sitio a otro debió ser una experiencia sublime cuando el planeta aún estaba por descubrir. Pero llegó un momento en que cualquier lugar de interés turístico en el planeta estaba abarrotado y viajar al espacio aún no era posible. Había que hacer cola incluso para subir hasta la cumbre del Everest. La homogeneización cultural a la que dio lugar todo ese trasiego de personas hizo que el turismo se acabara convirtiendo en un auténtico aburrimiento. Luego llegó la pandemia y muchos destinos reaccionaron limitando las visitas. Las agencias de viajes lo intentaron todo, pero fueron los productores de contenidos audiovisuales los que encontraron la solución. Las posibilidades que nos ofrecen actualmente los parques de pasar unos días en un entorno muy diferente al que estamos acostumbrados en el presente, se han multiplicado. La oferta actual es variadísima y se enriquece de manera constante. Es posible elegir, no sólo una localización, sino una fecha remota en el pasado y sumergirse en prácticamente cualquier lugar a lo largo de toda la historia de la humanidad y, en muchos casos, para ello ni siquiera es necesario desplazarse físicamente. A la gente parece que no nos duele invertir en un viaje a una atractiva localización en un tiempo remoto donde podremos realmente dar rienda suelta a nuestra imaginación.

Lo que no todo el mundo sabe es que los parques temáticos se han convertido en una herramienta muy potente para la reconstrucción del pasado. Puede resultar sorprendente, pero aunque llevamos cientos de años peinando milimétricamente la historia aún quedan amplias regiones de acontecimientos que realmente no comprendemos. En muchos casos, sigue habiendo enormes vacíos de información, evidencias que se han perdido o nunca han llegado a existir, y que serían vitales para entender lo que realmente ocurrió y, sobre todo, por qué ocurrió. Gracias a la teoría de Carlyle sobre la topología histórica, en los parques temáticos los visitantes nos convertimos literalmente en sondas sobre el terreno y, mientras disfrutamos de las actividades lúdicas de una aventura diseñada completamente a medida, estamos generando datos y aportando con ellos nuevas formas de interpretar los sucesos que tienen lugar dentro de la simulación y que pudieron haber tenido lugar en el pasado. La información sobre los sucesos y las experiencias de

cada visitante es almacenada y minuciosamente procesada. Luego se filtra algorítmicamente para ir creando todas las posibles narrativas de un determinado suceso histórico y finalmente se incorpora al acervo de datos historiográfico. A diferencia de lo que ocurría hace ya mucho tiempo, cuando los historiadores analizaban y recreaban el pasado de manera artesanal, postulando teorías y escribiendo prolijos tratados que luego eran rebatidos y vueltos a escribir, la historia es ahora un repositorio vivo y en constante cambio de información que cualquiera puede consultar y analizar fuera de las zonas de embargo. Aún falta mucho hasta que cada posible hipótesis para cada suceso de interés histórico haya sido ensayado, evaluado e incorporado al archivo. Puede que hayamos conseguido extraer de la corteza terrestre la mayor parte de sus metales preciosos, pero el pasado aún sigue siendo una mina.

Rudyard y yo nos íbamos a recorrer el litoral de la península del Yucatán, desde la isla de Guanaja hasta el cráter de Chicxulub. Viajábamos dispuestos a encontrar, aunque fuera sólo una pequeña pepita de la historia.

El desembarco

Para el desembarco yo había elegido el rol de una indígena. Mi idea siempre había sido hacerlo desde el lado de los españoles, y renunciar a la visión del conquistador no me resultó sencillo, pero Rudyard había insistido y, en el último momento, nos habíamos acogido a la promoción de dos por uno que el sistema nos ofrecía para realizar la inmersión como yucatecos. El atuendo me resultaba bastante incómodo. Los cordones que sujetaban la nagua me rozaban la piel y las sandalias de cuero no se ajustaban. Eran las opciones que había elegido con ayuda del algoritmo de recomendación entre una gran variedad de posibilidades que el sistema ofrecía, tras descartar la escogida por la mayoría, que se limitaba a la selección de unos simples adornos y pinturas. Yo era perfectamente consciente de que hubiera sido lo más apropiado, pero francamente no me veía corriendo de un lado para otro desnuda, por mucho que supiera que se trataba sólo de una simulación. El intenso calor y la humedad pronto consiguieron que me arrepintiera de mi conservadora elección.

Lo de Rudyard fue mucho peor, porque ya la primera noche se había metido en un xibalbaokot y se había pasado de la raya con el balché. Cuando regresamos a la habitación del hotel estaba literalmente alucinando. Me hablaba de unos demonios que se llamaban Ekuuayayab y Uacmitunahau. Repetía los nombres de manera obsesiva y me miraba sin verme diciéndome que teníamos que degollar a la gallina y clavarla en el Yaxek. Con lo tiquismiquis que es siempre con la comida y la bebida, no comprendo cómo no se le ocurrió tomar precauciones. Tuve que avisar

al servicio de emergencia del parque y cuando vi cómo se llevaban a Rudyard en una camilla me empecé a atormentar con la idea de que, después de todo, las vacaciones en el parque quizás no habían sido una buena idea. Si el antídoto no surtía efecto pronto, Rudyard se iba a pasar buena parte del viaje en la cama con alucinaciones. Me sentía culpable y no acababa de entender la programación de opciones de aventura que había hecho la agencia, el productor o quién quiera que fuera el responsable final del montaje.

La tecnología del parque hacía posible una experiencia inmersiva en el pasado que, a todos los efectos, es indistinguible de la vida real. La reconstrucción de escenarios por medio de texturas y efectos simulados permite ofrecer una experiencia sensorial aumentada completamente realista, en ocasiones más que real, solo que históricamente estéril. La esterilidad se consigue haciendo que la simulación transcurra dentro de una burbuja de Carlyle. De esa manera se garantiza que ninguno de los actos que tienen lugar durante la simulación tendrá consecuencias que trasciendan el ámbito de la burbuja. Técnicamente, la esterilidad es la forma de ofrecer una experiencia plena de libre albedrío que, sin embargo, no modifica la historia. Los actos del personaje en el que Rudyard se había encarnado para realizar la visita no iban a tener ningún tipo de consecuencia histórica, pero a la vista de los acontecimientos estaba muy claro que tenían consecuencias muy reales. En aquel momento pensé *me van a oír*. Aunque tenga que revisar, una por una, todas las cláusulas del contrato, en cuanto volvamos presentaremos una reclamación. Rudyard podía haber sido un patoso, pero eso no justificaba que alguien pudiera elegir una opción que le dejara postrado para el resto de un viaje que no era precisamente barato. Sería muy realista, pero me parecía una auténtica estafa. En ese momento no podía sospechar que la intoxicación de Rudyard no iba a ser más que una mera anécdota del viaje.

A la mañana siguiente seguí dándole vueltas al asunto, hasta que me convencí de que no merecía la pena continuar atormentándome y que debía intentar disfrutar de las vacaciones. Cuando decidí regresar a la simulación era ya cerca de mediodía. La carabela acaba de fondear a unos trescientos metros de la playa en el centro de la pequeña bahía y tres bateles avanzaban hacia la orilla. En cada uno de ellos iban diez o doce marineros. Me detuve un instante para contemplarlos todavía en visión panorámica omnisciente. En ese modo, el sistema me ofrecía una experiencia sensorial completa. Podía remontarme y contemplar la escena desde la distancia, o descender hasta cualquiera de las barcas y acomodarme junto a los remeros. Podía oírlos hablar mientras sentía sobre mi rostro la brisa en la que su fuerte olor se mezclaba con el olor del salitre. Podía coger con mis manos los remos o pasarlas por la amura, tocar a cualquiera de los marineros,

aunque ellos no podían notarlo. En modo omnisciente yo era una observadora pasiva sin posibilidad de interactuar con la escena que estaba teniendo lugar. Pero en cuanto me sumergiera en la simulación, el sistema conmutaría a primera persona y yo ya sólo podría percibir y actuar desde mi propio rol dentro de la simulación. Daba un poco de vértigo sentir que, en modo subjetivo, yo tenía plena libertad para optar por cualquier curso de acción que el sistema me permitiera tomar.



En cuanto salí de la choza me encontré en medio de una tremenda algarabía. Era evidente que la noticia de la carabela atracada en la playa flotaba en el ambiente, pero en un primer momento pensé que iba a ser incapaz de entender lo que estaba ocurriendo. No era sólo el lenguaje, sino la enorme distancia cultural: los gestos, las expresiones, todo lo que me rodeaba era diferente a lo que yo estaba acostumbrada. Sin embargo, de manera sorprendente, todo lo que sucedía a mi alrededor me resultaba comprensible, perfectamente intuitivo. La inmersión era completa y, de alguna manera, el sistema compensaba y mapeaba todo lo que me iba presentando a mi propio lenguaje y a experiencias vitales equivalentes. Es imposible saber a ciencia cierta si esta forma de establecer un vínculo entre tiempos y culturas tan distantes es una reproducción fiel de lo que experimentaron los yucatecos durante aquel primer encuentro. Muy posiblemente no, pero para las simulaciones históricas la experiencia subjetiva es irrelevante. Lo único relevante son los hechos. En cambio, para el visitante del parque es la experiencia subjetiva lo que cuenta. Sumergirte en un mundo completamente desconocido y, al mismo tiempo, sentirte plenamente

parte de él, comprender lo que está sucediendo y poderlo interpretar como si estuviera sucediendo en tu propio tiempo y tu propia ciudad, resultaba extremadamente estimulante.

Me sorprendió ver que, entre nosotros, los yucatecos, no había necesidad de largas explicaciones, de reuniones, de todos esos complejos protocolos que utilizamos ahora cuando hay que tomar una decisión. Sólo miradas cómplices que se cruzaban, unas pocas palabras, sonrisas, cánticos, algunos llantos. El nación dio unas someras instrucciones. Las madres con sus hijos y los ancianos se dispusieron a huir hacia el interior, acompañados por otros yucateros más jóvenes. Los soldados comenzaron a desplegarse y ocupar posiciones, apostados entre la vegetación, desde las que podían contemplar los acontecimientos que tenían lugar en la bahía. No se ocultaban, de alguna manera sabían que tenían que hacerse notar, marcar el territorio. Yo sabía que aquellos primeros contactos entre civilizaciones tan diferentes forzosamente tuvieron que estar rodeados de ambigüedad, y ahora esa ambigüedad me envolvía. Me aparté del resto de yucateros sin llamar la atención y eché a andar sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Era como una si una poderosa fuerza tirase de mí y me dejé llevar. En ese momento sentía que no tenía nada que temer. En el peor de los casos ¿qué podía ocurrir? ¿Que acabara junto a Rudyard en la enfermería? No era exactamente la idea que tenía cuando decidimos hacer el viaje a Historias Columbia, pero debo reconocer que la curiosidad, la sensación de peligro, la anticipación de la aventura y la excitación del momento que iba calando cada vez más hondo en mi interior, todo se aliaba para producir una embriagadora sensación de euforia.

La carabela parecía un templete flotando sobre el océano azul. Los mástiles se proyectaban hacia el cielo como brazos invocando algún dios desconocido. En uno de ellos ondeaba una bandera. Los marineros habían alcanzado la orilla y sobre la arena se transformaron en fieros guerreros que rápidamente se desplegaron por toda la playa. Algunos se internaron en la jungla armados con arcabuces y empuñando unos brillantes machetes con los que comenzaron a desbrozar el terreno sin demasiados miramientos. Mi corazón palpitaba con fuerza y pude sentir la descarga de adrenalina en mis venas. Los sonidos y los colores adquirieron mayor profundidad. El aire estaba cargado de olores, a ajeno, a albahaca, a tixzula, a ixlaul. La humedad y el olor de la sal me sumergían en las olas del mar. Mis pies calibraban cada paso y hubiera jurado que podía sentir la hierba bajo mis sandalias. El graznido agudo de un pájaro, una breve carrera, algunas voces graves, viriles, una carcajada. De nuevo el silencio. Me agazapé prudentemente y permanecí observándolos desde la distancia, oculta entre la maleza. El tiempo se remansó en el calor espeso que me envolvía y perdí la noción de tiempo.

Los marineros improvisaron una especie de campamento no muy lejos de la orilla. Cuando estaba a punto de caer la noche, encendieron una pequeña fogata y sobre las ascuas depositaron unos espetos. El olor de la madera y el pescado asado me hicieron caer en la cuenta de que no había tomado nada desde el desayuno. Súbitamente, estaba hambrienta y sedienta y me acordé de Rudyard. Me pregunté cómo se encontraría y me golpeó de nuevo esa sensación de culpabilidad que me había asaltado la noche anterior. Era ya tarde y comprendí que era hora de regresar, pero dudé. Lentamente la oscuridad fue engullendo la escena y el resplandor de los hachones que portaban los marineros iba y venía entre las sombras. La luna resplandecía sobre la bahía.

Me sentía al mismo tiempo frágil, expuesta y, sin embargo, sorprendentemente segura. Yo sabía que podía salir en cualquier momento de la simulación, pero precisamente por eso me resistía a hacerlo. Me moría de curiosidad por saber qué iba ocurrir a continuación y me dije a mí misma que había hecho ese viaje para vivir ese preciso momento, experimentar las sensaciones de aquel primer encuentro, e intentar comprender qué movió a aquellos hombres. Cuando había estado junto a ellos en modo omnisciente había creído captar la intención de algunas de sus bravuconadas entre comentarios insustanciales. En la playa desde la distancia, sólo podía ver sus gestos, oír sus voces sin comprender lo que decían porque, en ese momento, dentro de mi rol, yo no entendía su lenguaje. Me di cuenta de que ninguna simulación me permitiría jamás entrar dentro de ellos, saber qué pensaban, qué sentían. Era posible sumergirse en el pasado, pero no era posible hacerlo en los motivos que habían creado ese pasado. En ese sentido, el pasado es tan impenetrable como el presente.

En ese momento, tuve una corazonada. Fue como un fogonazo que, por un instante, pude vislumbrar lo que estaba buscando. Era una auténtica locura, pero negarlo sería solo un acto de cinismo. Me asusté y comencé a retroceder temerosa en dirección al poblado. La noche se había adueñado ya completamente de la jungla, y la oscuridad había hecho desaparecer los colores y las formas. Sin embargo, yo sabía orientarme perfectamente y avanzar con sigilo como si un preciso sistema de navegación me guiara. Mientras caminaba en silencio, veía relámpagos rojos alzarse cada vez a mayor altura entre la vegetación. Los marineros se habían internado en la jungla y avanzaban. No podía verlos, pero los presentía. Me sentí invadida por un extraño sentimiento de soledad y de euforia. Era dueña de aquel momento como nunca había sentido que fuera posible ser dueña de mi tiempo. Era como si pudiera girarlo y contemplarlo desde diferentes ángulos. Eran mis pensamientos los que hacían posible esa sensación de control, extendiéndose y estirándose para abarcar el momento, creando una consciencia más profunda, superior.

El poblado era un conjunto de pequeñas chozas de barro dispersas en la ladera de una pequeña loma. A la luz de la Luna resultaban apenas distinguibles. Parecía desierto, como si la noche hubiera engullido también a los yucatecos. Las luces de los hachones estaban ya muy cerca y se dispersaban como si intentaran rodear el poblado. En ese momento, oí voces y vi salir de la espesura a un reducido grupo de marineros que venían acompañados por algunos de los yucatecos. Me sorprendió mucho verlos avanzar juntos sin poder discernir si unos y otros lo hacían libremente. No se percibía hostilidad, tampoco simpatía o complicidad. Parecía más bien un extraño ritual, una improvisada manera de asegurar una cortés vigilancia recíproca. La imposibilidad de determinar el balance preciso de fuerzas, las intenciones de unos y otros, me mantuvo paralizada. No sabía si echar a correr hasta alcanzar la choza y abandonar la simulación o permanecer allí aguardando a que se fijaran en mí y me alcanzaran. Cuando conseguí reaccionar, instintivamente me di la vuelta. Entonces los vi ya prácticamente encima de mí y comprendí que, en realidad, no tenía opción.

Todo sucedió muy despacio, de una manera ordenada, como si fuéramos bailarines que ensayan una nueva coreografía por primera vez. Los marineros me alcanzaron y uno de ellos se detuvo muy cerca de mí. Llevaba un hachón en la mano y era mucho más alto que yo. El calor del fuego y el olor de la pólvora me envolvieron y alcé la mirada para ver sus ojos. No era la primera vez que lo veía. Había estado muy cerca de él en el batel cuando se aproximaban a la orilla. Me agarró el brazo con la mano que tenía libre. Yo no intenté evitarlo. Tiró de mí con firmeza, pero sentí que no quería hacerme daño. Me hizo girar hasta quedar situado ligeramente detrás de mí. Luego me hizo avanzar y nos alejamos del resto.

Cuando regresé a mi habitación todavía estaba excitada. Todo lo que acaba de ocurrir en apenas unas horas se agolpaba en mi mente como una desconcertante sucesión de escenas inconexas, caóticas. La sensación de embriaguez comenzaba a dar paso a una de mareo y confusión. Me sentía sucia y pegajosa y podía oler su sudor por todas partes. Sentí un profundo alivio sabiendo que Rudyard no estaba allí y dejándome envolver por la soledad. Apagué las luces, me quité la ropa y me detuve frente al ventanal, desde donde la vista era prácticamente la misma que tenía desde el poblado. La carabela seguía en la bahía y desde la playa llegaba el resplandor de las hogueras. Era como si, de alguna manera, yo estuviera en dos mundos paralelos al mismo tiempo, como si pudiera pasar de uno a otro simplemente traspasando una puerta. Entré en la lujosa cabina, seleccioné el tiempo y la experiencia de baño, dejé correr el agua y me sumergí.

El contacto con el agua caliente, el olor de las sales, el vapor que se iba acumulando y empañaba los espejos, poco a poco consiguieron devolverme a mi mundo, a mi verdadera realidad. Frotando suavemente con la esponja sobre mi piel, me fui desprendiendo del olor de la sal, de la

pólvora, de los manglares, del roce de los cordones alrededor de la cintura, del aliento espeso del marinero, de la presión de sus manos sobre mis senos, del calor de su cuerpo. Todo se iba diluyendo en el agua y comenzaba a desaparecer absorbido por los filtros de partículas que mantenían el agua limpia y transparente, únicamente teñida por el suave azul de los pigmentos de jabón. Sin embargo, era real. La bahía era real, la vegetación era real, la arena, los pasos, los jadeos.

Un diagnóstico inesperado

En el viaje de regreso yo aún seguía dándole vueltas. Me aterraba pensar que después de lo que había sucedido Rudyard pudiera echarme en cara mi elección para las vacaciones. Me sentía culpable, aunque exactamente lo mismo podría habernos ocurrido en el viaje a Marte. Pero Rudyard estaba contento. Se le veía relajado y parecía haberse olvidado ya del mal rato que había pasado con las alucinaciones. Al final, él también había podido regresar a la simulación para la gran fiesta de despedida. El día antes el director del parque nos había llamado a su despacho para pedirnos disculpas en persona. Nos aseguró que, por supuesto, Rudyard en ningún momento había estado expuesto a un riesgo serio, pero que, a veces, en un número muy limitado de ocasiones, cosas así ocurrían. A pesar de todo lo que se invierte en la simulación, de las sofisticadas medidas de seguridad y los controles de calidad y experiencia de uso, el organismo humano sigue siendo una parte esencial y absolutamente determinante de la simulación y es imposible anticipar completamente cada una de las posibles reacciones de una persona. Hacerlo, de hecho, sería hacer trampa en la simulación. Era simplemente lógico: un parque temático está diseñado para crear una experiencia única por medio de las emociones, pero las emociones siguen siendo un proceso químico en un organismo biológico tremendamente complejo. El director pidió permiso a Rudyard para analizar los datos de su caso y utilizarlos para intentar evitar que otro caso así se produjera y mejorar la experiencia de usuario. Luego nos ofreció un bono para volver a visitar cualquiera de los parques temáticos de Historias Columbia y nos agradeció la visita y la comprensión.

Cuando llegué a casa, me invadió una intensa sensación de alivio. Estaba deseando volver a mi rutina, concentrarme en los estudios para mi tesis y dejar que el tiempo me permitiese tomar un poco de perspectiva sobre las vacaciones. Por desgracia, la tranquilidad no duró mucho. Fue una pura coincidencia que veinte días después yo tuviera programado uno de los reconocimientos médicos periódicos. De no haber sido así no sé cuánto habría tardado en darme cuenta y, sobre todo, cómo me habría dado cuenta. Dos días después del reconocimiento recibí una notificación de alta seguridad pidiéndome que me personara nuevamente en el servicio médico a la mayor

brevidad posible. Después del sobresalto inicial, intenté convencerme de que no era posible que se tratase de nada grave. A mi edad y con mi historial genético y clínico, era prácticamente imposible que fuera un problema serio de salud. Imaginé que habría habido algún error en las pruebas, o que querrían solicitarme datos adicionales para algún estudio estadístico.

Ciertamente no se trataba de un problema grave de salud aunque, desde luego, tampoco se trataba de una mera cuestión de trámite. Nada más entrar en la oficina, la mirada de la doctora y su insistencia en que siguiéramos el protocolo hicieron que me pusiera muy nerviosa. Comenzó a hacerme preguntas y no me dio opción. Me dejó muy claro que no tenía más remedio que contestarlas. En realidad, ella tenía en ese momento acceso a todos mis datos, y yo sabía que había muy pocas cosas de verdadera relevancia que yo le pudiera desvelar. Me preguntó por mi actividad, mis aficiones, mis costumbres, mis conocidos. Finalmente, tras lo que se reveló como un largo rodeo, fue al grano.

— ¿Ha tenido usted contacto físico con alguien o algo que haya podido inseminarla?

La pregunta me cogió completamente desprevenida y supongo que la doctora vio en mi cara una mezcla de sorpresa y terror. Era una pregunta tremendamente comprometida, porque yo nunca lo había solicitado y no tenía permiso para la inseminación. Vacilé un instante y, enseguida, respondí ofendida:

—No. No, por supuesto. ¿Cómo...?

— Señorita Álvarez, mucho me temo que está usted embarazada.

Burbujas

No era posible. Rudyard y yo llevábamos ya una larga temporada juntos y eso, por supuesto, incluía el contacto físico íntimo. Rudyard y yo éramos bastante convencionales y hacíamos el amor. Él me gustaba y yo le gustaba a él y entre los dos se había formado un sincero vínculo afectivo. Pero en ningún momento se nos había pasado por la imaginación la posibilidad de tener un hijo. No desde luego en ese momento. Tuve que emplearme a fondo para dejarle muy claro a la doctora que eso no era posible. Yo no podía haberme quedado embarazada de Rudyard. Tenía que tratarse de un error. La doctora descartaba la posibilidad de que lo fuera, pero aceptó repetir los análisis. Los nuevos análisis confirmaron que estaba embarazada y, además, con todos los datos que voluntariamente yo había revelado, el sistema podía confirmar con total certeza que Rudyard no era el responsable de la inseminación. El informe indicaba sucintamente: 2º PROGENITOR DESCONOCIDO. Yo no entendía nada y la doctora me miró con una expresión en la que se confundían el desprecio y la compasión.

No tenía ni la menor idea de cómo había podido ocurrir, pero estaba metida en un buen lío. Aunque no era algo completamente excepcional, el número de embarazos por medio del sistema biológico ancestral era extremadamente reducido. Los pocos que se llevaban a término contaban siempre con la aprobación explícita de un comité evaluador que, por regla general, se limitaba a verificar que los solicitantes podían acogerse a una serie de supuestos que la ley contemplaba. En muy raras ocasiones se producía un embarazo no solicitado o no consentido y, cuando ocurría, se trataba siempre de casos en los que había de por medio trastornos sobrevenidos no previsibles. Era evidente que mi caso no podía encuadrarse en ninguna de aquellas circunstancias. Hasta donde mi conocimiento alcanzaba, no existía ningún precedente. Lógicamente el sistema de crédito social debía realizar las comprobaciones necesarias y establecer un dictamen. Luego, en el mejor de los casos, yo podría optar entre un número limitado de opciones. No era muy diferente de una aventura inmersiva, sólo que en este caso el número de opciones sería mucho más reducido.

Más angustiada si cabe que la incertidumbre sobre el posible dictamen y la espera, que podía ser larga, era la necesidad de encontrar una explicación a cómo había llegado a esa situación. Que Rudyard hubiera sido el padre habría sido ciertamente sorprendente y habría planteado no pocos interrogantes al sistema de prevención, pero al quedar Rudyard descartado como posible factor de inseminación, cualquier otra hipótesis resultaba ciertamente tenebrosa. Yo no me había apartado de las prácticas recomendadas ni había tenido ninguna exposición. No de manera consciente. Bastante tenía con esforzarme día a día por mantener una posición digna en una sociedad tremendamente competitiva en la que era casi imposible destacar. En ese momento, sin embargo, lo último que hubiera deseado era destacar, pero además miles de dudas me asaltaban. ¿Había algo en mi naturaleza que yo no veía? ¿Me había convertido inadvertidamente en el instrumento de una conspiración? Empezaba a volverme paranoica y decidí que lo mejor que podía hacer era redoblar mis esfuerzos, concentrarme en mis estudios, mostrarme optimista y confiar en que mi historia tendría un final feliz. Pero concentrarme en mis estudios, en vez de alejarme del foco de mi inquietud, sólo sirvió para que acabase sumergida aún más en la especulación.

Yo había estudiado en profundidad la teoría de Carlyle de la historia y me sentía confiada en que entendía su lógica y sus implicaciones. Y de pronto, mis estudios y mis investigaciones me ofrecían una sorprendente perspectiva de mi propia situación: ¿Transcurría mi vida dentro de una pequeña burbuja de Carlyle y, por tanto, al igual que ocurre dentro de la simulación en un parque histórico yo podía actuar con plena libertad? O, por el contrario, lo que yo hiciera a continuación, la decisión sobre mi embarazo, tendría una influencia que iría mucho más allá de mi entorno

histórico cercano. Yo sabía que éste sería el principal objeto de debate que el comité de expertos analizaría en detalle para evaluar mi caso y efectuar sus recomendaciones.

La teoría de Carlyle sobre la estructura emergente del fenómeno histórico establece que cualquier evento y todos nuestros actos tienen consecuencias dentro de un entorno limitado en el espacio y el tiempo. La derrota de Hitler en la segunda guerra mundial o el descubrimiento de la penicilina fueron eventos con entornos de influencia amplios. Meterse el dedo en la nariz o rascarse la cabeza, suelen ser eventos con entornos de influencia muy limitados. Sin embargo, de la misma manera que el aleteo de una mariposa en Japón puede acabar desencadenando un huracán en el Atlántico, o la manzana que cae sobre la cabeza de Newton despertar en su imaginación la teoría de la gravitación, mínimos acontecimientos pueden tener consecuencias en un lugar y un tiempo remotamente lejanos. La historia es un sistema complejo.

Carlyle creó un modelo topológico para describirla y postuló la existencia de coyunturas críticas, eventos de enorme influencia, así como de amplias regiones de sucesos intrascendentes. Dentro de unas de estas regiones estériles, las denominadas burbujas de Carlyle, puede ocurrir cualquier cosa y, en particular, las personas pueden actuar con plena libertad sin que sus actos tengan consecuencias fuera de la burbuja. Todo lo sucedido en el interior de una burbuja de Carlyle podría cambiarse a discreción sin que los acontecimientos exteriores a ella se viesen afectados en absoluto. Por ejemplo, se sabe que toda la historia de España entre 1898 y 2069 está dentro de una burbuja de Carlyle. Cualquier cosa que ocurrida dentro de esa región y ese periodo de tiempo, es irrelevante para la historia fuera de esa burbuja. En cambio, el asesinato de Colón por los Mayas entre 1492 y 1502 habría tenido consecuencias que se extenderían, como el aleteo de la mariposa, hasta nuestros días.

La confirmación experimental de la teoría de Carlyle llevó prácticamente un siglo y se precisaron datos muy precisos para simular las coyunturas críticas y aislar las burbujas de Carlyle. Los parques temáticos históricos se convirtieron en la fuente de datos por excelencia de la historiografía. Hoy hay regiones con tantas visitas acumuladas, tal cantidad de datos y tantas variantes analizadas, que hacen posible que sumergirse en ellas resulte una experiencia incluso más vívida que el tiempo real presente. En estas simulaciones, es posible vivir escenas en el equivalente sensorial a la cámara lenta en imagen animada de video: una experiencia vital aumentada. Me avergüenza confesarlo, pero ese es precisamente el modo que yo utilicé cuando el marinero español me conducía hasta la espesura que se iniciaba detrás de la choza e hicimos el

amor. Ahora me siento tremendamente culpable, pero ¿quién hubiera podido sustraerse a una experiencia así?

Hacer el amor con Rudyard en riguroso presente, sin asistencia virtual, no puede compararse con la experiencia super enriquecida que me ofrecía Historias Columbia. Sé que será muy difícil que llegue a olvidar ese momento y, de alguna manera, sé que nunca se repetirá. Cada instante de aquel breve encuentro se proyecta ahora como una sombra inquietante sobre mi vida. Son una miriada de pequeños detalles: el brillo de sus ojos, los pliegues de sus labios, su aliento, cada pulgada de la piel del marinero que recorrieron mis manos con la obsesión del explorador que busca sobre el terreno la ubicación que el mapa señala como el lugar donde está enterrado el tesoro. Sin ser consciente, yo había encontrado ese tesoro en una realidad aumentada, inconmensurable. Prefiero no pensar cuántas veces el sistema había recreado esa burbuja antes, cuántos visitantes habían hecho falta y cuántos datos había sido necesario extraer y procesar para crear ese momento, mi experiencia. Aún no puedo creerlo, no tengo confirmación, pero de alguna manera, el algoritmo de reconstrucción de la historia tuvo que ser capaz de procesar y producir información a nivel molecular.

Si todo lo que me estaba sucediendo a mí en ese momento, la inseminación, el embarazo, pertenecían a una región histórica estéril, el comité dictaminaría que yo básicamente podría hacer lo que me diese la real gana. Por desgracia, era poco probable que el comité llegase a esa conclusión. La tecnología de simulación y los datos disponibles no permiten establecer con precisión suficiente la topología del presente y de la historia reciente dentro de la zona de embargo. Esa es precisamente la razón de que exista un embargo. Lo que el comité haría sería estimar un rango de probabilidades, y con él configuraría mis opciones. Con seguridad, mis opciones serían muy limitadas. El comité se curaría en salud. Iba a ser muy difícil que mi reputación no se viera afectada.

Fue una auténtica sorpresa el poco tiempo que el comité tardó en emitir su juicio y más todavía que, lejos de ser un veredicto lleno de las típicas consideraciones, salvedades y vericuetos que acaban amalgamándose en un dictamen ambiguo, era un dictamen sorprendentemente transparente y directo. El comité concluía que *“existen razones de peso para afirmar que podemos hallarnos frente a una ineluctable coyuntura crítica de la historia que puede representar una oportunidad de incalculable transcendencia”* y apoyaba sin ningún tipo de ambages la concepción. De hecho, me conminaba a poner mi voluntad y todos los medios necesarios para llevar a término el embarazo.

Una vieja historia

Antes de encontrarme con Rudyard yo había trazado un plan de actuación perfectamente detallado. No me había quedado otra salida. El comité había hecho recaer toda la responsabilidad sobre mí. Había pasado casi dos semanas en estado de shock, contando los días y las horas. No disponía de mucho tiempo. El comité había dictaminado con rapidez, pero cuando lo hizo hacía ya dos meses que habíamos regresado del parque. En cualquier momento sería demasiado evidente que yo había comenzado a cambiar e iba a ser muy difícil que Rudyard no se diera cuenta.

En realidad, en un primer momento, el dictamen fue una inyección de moral. Si el veredicto hubiera sido que yo era libre de hacer lo que me diese la gana, eso sólo hubiera significado que estimaban que mi vida transcurría en una burbuja de Carlyle y que, por consiguiente, era irrelevante si yo acababa dando a luz o no. Tengo muy claro que la mayor parte de las vidas transcurren en burbujas de Carlyle: La mayor parte de nosotros somos irrelevantes, estériles para la historia, pero una cosa es sospecharlo y otra muy diferente tener el dictamen de un comité de expertos. Por otra parte, de haber podido optar con plena libertad, no sé si hubiera tenido valor para abortar. Me había topado con esa terrible palabra mientras aguardaba el dictamen estudiando con obsesión mis alternativas y había tenido que rastrear su significado hasta encontrarlo en un oscuro diccionario de lenguas muertas. Era uno de esos conceptos que se habían quedado hacía ya mucho tiempo atrás, pero el aborto había sido uno de esos debates que, en su momento, parecían irresolubles y que había enfrentado a la sociedad. Sí, en un primer momento, que el comité dictaminara que yo debía dar a luz fue un alivio. Yo no era libre porque iba a tener un hijo que no sería irrelevante, y eso también descartaba el aborto.

Pero ese alivio fue sólo momentáneo, porque a lo que me enfrentaba entonces era a la necesidad de construir una historia creíble que justificara la razón por la que yo, una persona corriente, una académica comprometida con su disciplina y la sociedad, me había quedado embarazada e iba dar a luz un hijo usando el sistema ancestral. Pero además debía justificar la inevitable urgencia con la que, hiciera lo que hiciera, había adoptado esa decisión. Pensé en demandar a Historias Columbia. Si todo esto era real, si yo estaba embarazada a consecuencia de mi experiencia en el parque, entonces era evidente que la tecnología de simulación del parque tenía un agujero de seguridad o, peor aún, que la publicitada esterilidad histórica de los parques que aseguraban un pleno albedrío sin consecuencias era una monumental estafa. Las alucinaciones de Rudyard que tanto me habían indignado no eran una mera anécdota, eran un indicio que el

dictamen del comité venía a sancionar. Las simulaciones de Historias Columbia no sólo no transcurrían dentro de una burbuja de Carlyle que aseguraba su esterilidad histórica, las historias eran fértiles, tanto que sus tentáculos se extendían a lo largo de miles de años.

Pronto comprendí que plantear una demanda era un espejismo. Estaba fuera de mis posibilidades. El dictamen del comité no era público y hacerlo público habría supuesto en sí una batalla legal. Pero incluso si llegaba a hacerse público, el dictamen podía usarse para inflamar una campaña de movilización, pero nunca para sustentar una demanda contra Historias Columbia. Los expertos se encargarían de explicar con todo lujo de detalles que, dentro de la zona de embargo, es imposible establecer con precisión la topología de la historia y que el dictamen del comité no probaba nada, que precisamente por eso se curaba en salud con una recomendación conservadora. Hacer público ese dictamen acabaría volviéndose contra mí, poniéndome en el centro de la escena, atrayendo sobre mí las miradas. ¿Era eso lo que yo quería? Nada más lejos de lo que siempre había deseado. Yo nunca había aspirado a una vida pública, no desde luego de esta manera. Yo no era Saltman.

Pero por encima de todas estas consideraciones, había sobre todo una que era la que realmente me atormentaba. Rudyard. Yo le quería. No podía presentarme y decirle simplemente que estaba embarazada. Tenía que darle una explicación y lo más honesto era decirle simplemente la verdad. Que no tenía ni la más mínima idea de cómo me había quedado embarazada, pero que tuvo que ser en el parque, que me había dejado llevar mientras él estaba alucinando. Sonaba tan ridículo. Pero lo peor no era eso. Lo peor era que habría puesto a Rudyard en una difícil tesitura, porque no se me ocurría ninguna razón por la que alguien deseara seguir vinculado a una mujer que se había quedado embarazada y que estaba dispuesta a dar a luz por el método ancestral a un hijo que no era suyo. Diciéndole la verdad perdería a Rudyard, y entonces ya sí que me enfrentaría yo sola a mi embarazo y a una sociedad que no lo entendería. ¿Qué historia iba a contar entonces?

Había sido muy duro y no me sentía precisamente orgullosa, pero finalmente tomé una decisión. Hablaría a Rudyard de nuestra relación, le explicaría lo que sentía por él. Lo haría con sencillez y con total sinceridad para dejar que, poco a poco, la conversación diera pie a que él también expresase sus sentimientos. Para mí era muy importante que lo hiciera. Yo estaba convencida de que Rudyard también me quería, pero una nunca puede estar segura. No es posible entrar en los sentimientos de otra persona de la misma manera que se introduce uno en una simulación. Además, Rudyard ha sido siempre muy reservado para estas cosas. Me daba vértigo pero la decisión ya estaba tomada. Yo tenía que asegurarme de que Rudyard compartía mis

sentimientos y que lo que iba a pedirle era en el fondo algo que él, aunque todavía no lo supiera, también estaba deseando.

Cuando le vi allí frente a la ventana esperándome y me miró sonriendo, me quedé sin palabras. De repente, toda mi argumentación me pareció completamente vacía de contenido, una mera argucia que yo había elaborado recurriendo a artimañas. Yo era perfectamente consciente de que lo que estaba a punto de suceder entre nosotros era algo que se había repetido, con una altísima probabilidad, millones de veces a lo largo de la historia, que muchas mujeres habían hecho lo mismo antes que yo. Mi mente se volvió a zambullir nuevamente en aquella noche tórrida y la recorrió a toda velocidad hasta el momento en que yo acababa de regresar de la simulación. Yo llevaba una parte de esa simulación dentro de mí. Estaba embarazada y mi hijo era, con toda probabilidad, portador de los genes de un marino español que había muerto en la península del Yucatán en 1507 o 1508, hacía ahora casi 1.000 años. Viajar en el tiempo no era posible, pero de alguna manera, los genes de aquel marino lo habían hecho. Y ahora esos genes se verían expresados en un futuro muy distante.

Tendría que haber sido extremadamente sencillo para una investigadora en historiografía con una profunda comprensión de la teoría de la historia. Pero no lo era. Era terriblemente difícil. Me olvidé del guion y sentí que las palabras que tan cuidadosamente había preparado se me atragantaban. Apenas conseguí balbucear de manera apresurada.

—Rudyard, tengo que contarte algo y no sé por dónde empezar.

Rudyard me miró extrañado, pero no parecía preocupado. Su mirada me invitaba a continuar.

—Rudyard, estoy... estoy embarazada.

Rudyard enarcó las cejas y en su cara pude ver, ahora sí con claridad, la sorpresa y la incredulidad, pero también, por suerte, me pareció adivinar una sutil sonrisa en la que quise ver una expresión de satisfacción y de cariño. Me miro a los ojos y yo bajé la mirada, avergonzada.

—¿Pero qué me dices? ¿Es eso posible?

—Lo es Rudyard, lo es. Verás...

No me dejó continuar. Me abrazó y me besó. Por suerte a Rudyard nunca le han interesado demasiado las explicaciones.

—Nos han dado permiso, Rudyard. Vamos a tener una hija...

EPÍLOGO

Wikihis 2.721 A.D.

Nova Columbus (La Tierra, Sistema Solar 31 de octubre de 2.447; Yucatán, Nueva América 20 de mayo de 2.506) fue una navegante, almirante y primera gobernadora general de la Colonia Terrestre de Nueva América. Hija de Susana Álvarez de Torres y Rudyard Kumari, es famosa por haber sido la primera navegante que consiguió abrir una ruta a través del agujero de gusano Atlantis y descubrir el sistema estelar de Nueva América al alcanzar por primera vez el satélite Guanahani, en la órbita del planeta Bahamas el 12 de octubre de 2.492. Con posterioridad, y hasta su desaparición en la órbita del planeta Yucatán, realizó múltiples viajes de ida y vuelta entre Nueva América y el Sistema Solar dando un impulso decisivo a la expansión galáctica de la civilización terrestre.

Francisco J. Jariego

Nació en Madrid. Es Doctor en Ciencias Físicas, autor e investigador independiente. Ha desarrollado su carrera en el sector de las tecnologías de la información y las comunicaciones, con especial foco en el modelado y optimización matemática, investigación de operaciones, servicios digitales, economía de la información y gestión y estrategia de I+D.

Obras publicadas:

- Ciencia ficción: "Extrapolación 2029", "Memorias de un dragón", "Ni en un millón de años"
- Ensayo ficción: "Carolina 114" y "Utopía. Tecnofuturos 2020"
- Cuentos: "La culpa fue del pangolín"

Ha colaborado en las antologías Visiones 2017 de AEFCT con el relato "Simulación Rasgada", XII concurso de cuentos Ángel Ganivet con el relato "El informe Belmonte". En 2020 ha sido ganador del primer premio del IX Certamen de Cartas de Amor de Cobisa con "Los pasos de Gloria".

Escribe habitualmente sobre ciencia, tecnología, innovación y sociedad en Mind the Post y Alienímagina

Un pequeño detalle

Leonardo Roperó Serrano

1

Hace más de un siglo, cuando la televisión estaba en su apogeo y presidía los hogares del mundo occidental, cualquier director de cadena hubiera vendido a su madre por retransmitir un evento de tal magnitud que acaparara toda la audiencia global. Un acontecimiento capaz de movilizar de forma simultánea a miles de millones de personas. En realidad en aquella época hubieran vendido a su madre por mucho menos. Tal suceso estaba a punto de ocurrir, y nadie iba a enterarse; el motivo no era que los grandes canales de televisión hubieran desaparecido, eliminados de forma inexorable por la casi infinita oferta de vídeos en la Red. Simplemente el proyecto era tan secreto que en todo el planeta no llegaba al centenar las personas que sabían de su existencia. Por esa razón, aunque faltara menos de un cuarto de hora para que se reescribiera la Historia modificando el Pasado, iba a pasar desapercibido. Sin embargo sería lógico pensar que todo el personal involucrado en el experimento, y sobre todo su máximo responsable, estuvieran al borde de un ataque de nervios. Pero el director ejecutivo del Proyecto Renacimiento, un físico llamado Brad Oneron (al que todos conocían como Hombre de Hielo, debido a su aparente falta de emociones) estaba tranquilamente sentado frente a su terminal de control, tomando un café solo muy cargado, mientras su equipo de técnicos revisaba por centésima vez los parámetros de la misión. Tanta eficacia quizás no tuviera nada que ver con la profesionalidad: tal vez nadie creyera que el experimento iba a salir bien. En todo caso, en cinco minutos el enorme botón rojo que parpadeaba en el centro de la pantalla táctil de Brad se volvería de color amarillo; un minuto antes del lanzamiento se tornaría verde, y cuando Hombre de Hielo Oneron lo pulsara, todos los libros de Historia Contemporánea dejarían de tener el más mínimo valor.

Con gesto aburrido, Brad repasó una vez más los indicadores de su terminal, sin encontrar ni una sola anomalía. No era de extrañar, teniendo en cuenta que ya habían realizado con éxito lanzamientos temporales. Lo que hacía especial esta misión era el hecho de que por primera vez no se iba a enviar una máquina o un animal hacia el Pasado, sino un ser humano. Los problemas, de haberlos, comenzarían después de que se iniciara el proceso, y en lo tocante al equipo responsable del proyecto, incluyendo al voluntario que iba a viajar en el tiempo, no tenía sentido

preocuparse de todo lo que podía torcerse. Durante el lanzamiento lo peor que podía ocurrir en esta ocasión era que el sujeto muriera, y en comparación con los errores y fallos de todo tipo que se habían cometido ya, algunos de ellos catastróficos, era un coste asumible: el Viajero sabía a lo que se arriesgaba. Sin embargo, de tener éxito, todo cambiaría. Personas que murieron de forma violenta no lo harían; otras jamás nacerían... Se iba a realizar un cambio a tal escala que era mejor no pensar en ello si se quería preservar la salud mental.

Brad separó la mirada de la pantalla y observó a su atareado equipo. Eran los mejores físicos e ingenieros del país; sin su trabajo el Proyecto Renacimiento no habría sido posible. Todos ellos conocían al detalle su historia: cómo surgió y consiguió salir adelante a pesar de los inmensos problemas técnicos, económicos y políticos que sufrió desde su concepción, por pura casualidad, tras el accidente en la central nuclear experimental de fusión de Greenhill. Aquella catástrofe sí que movilizó a la opinión pública. Fallecieron más de quince mil personas; un campus universitario y la mitad de la pequeña ciudad que lo albergaba se volatilizaron, y por ironías del Destino, gracias a la investigación del suceso y de forma totalmente accidental, se pusieron en marcha los avances en física y matemáticas que hicieron posible el descubrimiento de los Portales Temporales. Los ciudadanos de Greenhill fueron los primeros mártires del Proyecto Renacimiento.

Diez años después del accidente se logró enviar con éxito un dron hacia el Pasado. Iba equipado con un marcador radioactivo y una serie de complejas radio balizas para poder localizarlo, ya que el Desplazamiento Temporal tenía un inconveniente: era un viaje sin retorno. Lo que se enviaba hacia atrás en el Tiempo quedaba anclado allí, no tanto porque no existieran ni el equipo ni la enorme fuente de energía necesarios para el tránsito de retorno como porque se había demostrado matemáticamente que trasladarse hacia el Futuro era completamente imposible. Se escogió como objetivo un paraje en las montañas escocesas, y como marco temporal el año mil. Tras el experimento se consiguieron detectar los restos del dron, lo que constituyó el espaldarazo definitivo para el proyecto. Sin embargo había mucho camino que recorrer: el estudio de los mismos demostró que la máquina había viajado en realidad al siglo cuarto. Además también se comprobó que la unidad de memoria sólida encargada de almacenar el vídeo grabado por el dron no había sobrevivido al paso de los años. La primera prueba demostró que viajar hacia el Pasado era posible, pero que el error temporal era inasumible, y que debían desarrollarse tecnologías capaces de archivar información sin alterarse durante enormes lapsos de tiempo.

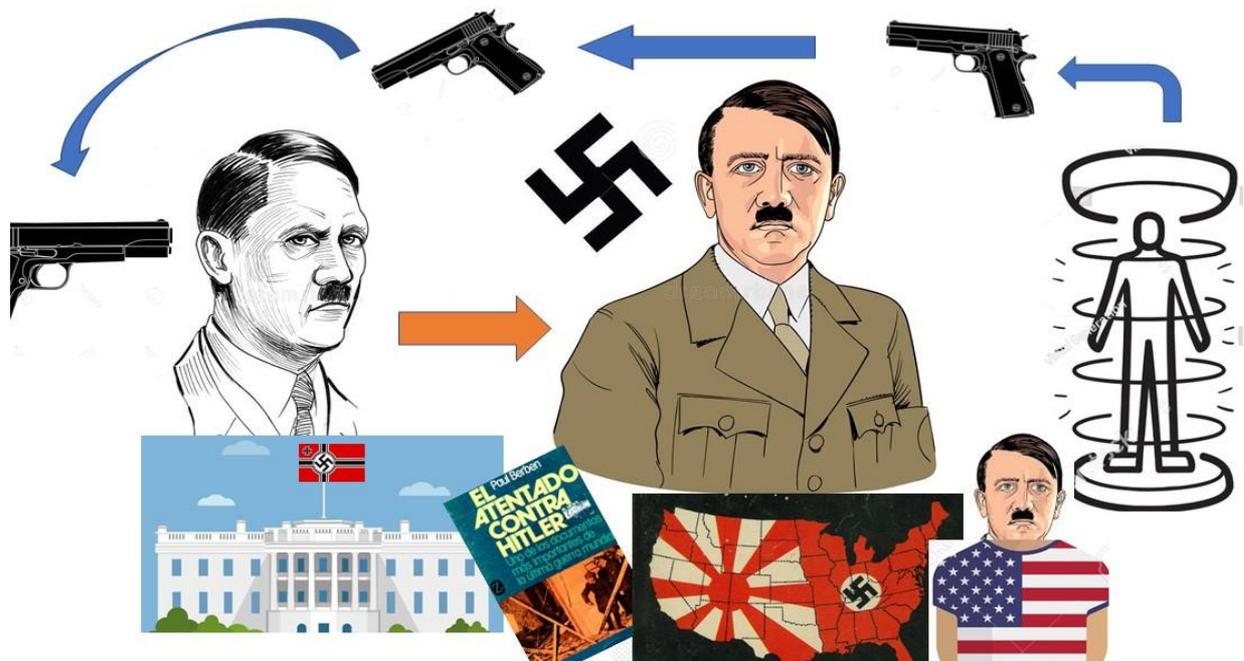
El segundo lanzamiento se realizó casi seis años después del primero. Nunca se supo qué salió mal, puesto que jamás se localizaron los restos de la máquina. Sin embargo sí que pudieron recogerse los vestigios del tercer dron de reconocimiento enterrados en el cieno del fondo de una

laguna italiana. Los datos de la memoria estaban en buen estado, y por primera vez un puñado de investigadores pudo ver cómo era Roma vista desde el aire en el siglo primero antes de Cristo. Por si fuera poco el error había sido de tan sólo unos cincuenta años. Las Puertas del Pasado estaban abiertas de par en par.

Dicen que el Presidente lloró cuando vio las fotografías y el vídeo de la Ciudad Eterna. Habría tenido que ser de piedra para no hacerlo. El resultado fue el mayor desembolso de fondos para un proyecto científico desde que la NASA viajó a la Luna. Los recursos eran virtualmente ilimitados; el equipo de investigación ya no tendría que preocuparse jamás por el dinero. Pero surgió una cuestión que hizo tambalearse el destino de todo el experimento: el uso que podía hacerse del mismo. Si podía viajar al Pasado, éste podía ser alterado, lo que transformaría por completo toda la Historia de la Humanidad. Se incorporó al proyecto un equipo de doctores en Filosofía, que debían encargarse de estudiar las temibles Paradojas Temporales, paradojas que una parte de los Físicos, defensores de la Teoría de los Universos Paralelos, negaban. Se inició un debate tan extenso como árido. La única forma de comprobar quién tenía razón era cambiando un hecho notable del Pasado, mas ¿cual? Así dio comienzo el segundo gran debate: aceptando que el ser humano tuviera el derecho a cambiar la Historia, hecho de por sí más que discutible pero que sin embargo fue aceptado sin demasiada discusión, ¿por dónde empezar? ¿Cuál sería el objetivo? Se organizó un concurso de ideas, en el que todos los participantes en el experimento pudieron aportar sus opiniones. Hubo todo tipo de sugerencias. Tan sólo se vetaron dos: enviar un dron a grabar a Jesucristo (el Presidente lo prohibió de forma expresa, probablemente porque era un hombre muy religioso y no quería correr el riesgo de que se demostrara que el Cristianismo no tenía fundamento) y evitar la muerte de John F. Kennedy (curiosamente la persona que hizo la propuesta, una joven técnico de sistemas informáticos, desapareció poco después de sugerirlo). La decisión final debía tomarla el Presidente, quien tras analizar todas las propuestas con un equipo de colaboradores, escogió la opción por la que la mayoría apostaba: evitar la Segunda Guerra Mundial, en la que habían muerto entre cincuenta y sesenta millones de personas. Hubiera sido ideal poder evitar también la Primera, pero habría requerido una operación muy compleja dada la complicada situación política de Europa a principios del siglo veinte. Sin embargo, para evitar la Segunda Guerra Mundial bastaba con matar a Adolf Hitler antes de que llegara al poder. Mejor aún si se acababa con él antes de que fuera conocido siquiera. Mas ¿cómo hacerlo? El error temporal seguía siendo demasiado amplio como para enviar una máquina dotada de explosivos a matarlo, y no se disponía de la tecnología necesaria para hacerlo sin multitud de bajas colaterales. Sólo había una posibilidad: enviar un agente humano, un voluntario dispuesto a hacer un viaje sin

retorno al Pasado por el bien de la Humanidad, capaz de esperar los años que fuera preciso, si llegaba antes de tiempo, para completar su misión.

La decisión del Presidente dio inicio a las pruebas de lanzamiento de seres vivos. Los primeros experimentos fueron un fracaso total; aún no se disponía de la tecnología capaz de hacer que algo tan frágil como un organismo cruzara la barrera temporal. Se tardaron dieciséis años en poner a punto los equipos capaces de realizar tal proeza, lográndose finalmente enviar a África, seiscientos años hacia el Pasado, a un chimpancé, comprobándose fuera de toda duda que vivió unos años tras su llegada. En ese tiempo muchos de los científicos originales ya se habían jubilado, e incluso el presidente que propuso matar a Hitler había fallecido, pero ningún investigador de alto nivel se negó jamás a participar en el Proyecto y los fondos seguían corriendo a raudales. Cuando se tuvo la seguridad de que la misión podía ser un éxito se puso en marcha el Proyecto Renacimiento, y se nombró director del mismo al más eminente físico del momento, un científico llamado Brad Oneron.



Resultó casi tan difícil encontrar un candidato para la misión como desarrollar la tecnología para la misma, por una razón muy simple: la investigación seguía siendo alto secreto. El voluntario debía pertenecer al equipo de Renacimiento. Dado el perfil necesario para la misión se fichó a un militar, encargado de la seguridad de las instalaciones; el primero que participaba activamente en el programa: Markus Berger, un hombre de treinta y cuatro años, ex-marine, que hablaba a la perfección el alemán (su madre era alemana, de Berlín, y el propio Berger vivió allí hasta los catorce años), y comenzó su entrenamiento, que consistía no en técnicas de combate (ya

las conocía) sino en convertirle en un experto sobre la Alemania pre-Nazi, que iba a ser su objetivo. También comenzó la tarea de dotarle de ropa, documentación, y cuanto necesitara para pasar desapercibido en aquella época, basándose en materiales obtenidos (a menudo robados) en museos de todo el mundo. Ahora Markus esperaba tranquilamente sentado en el asiento de la cabina de lanzamiento, ataviado con un bonito y caro traje a la moda del año mil novecientos veinte, y con una pesada maleta de cuero sobre sus rodillas. Tuviera o no éxito en su misión, ese hombre era un héroe.

Brad apartó la mirada de la cabina de lanzamiento, donde el capitán Berger esperaba impasible el final de la cuenta atrás, y se fijó en una mujer que hablaba con un colega, haciendo gestos con las manos, sentada frente a un terminal dos filas por delante del suyo. Nalidia era una brillante doctora en Física e Ingeniería, y a pesar de su juventud, treinta y seis años, sus investigaciones y abundantes publicaciones le animaron a incorporarla al Proyecto Renacimiento. Fue el mayor error que cometió en todos los años que llevaba al frente del mismo, porque aquella mujer, especializada en Teoría de Universos Paralelos, se había convertido en una temible adversaria. Bastante guapa, con el rostro redondo, pelo muy negro, labios finos y una sonrisa encantadora, parecía tener como único objetivo hacerse con el control del proyecto, desplazándole de la dirección. Carecía de escrúpulos y estaba dispuesta a todo con tal de conseguir sus metas, lo que sumado a su inteligencia la convertía en un peligroso enemigo. Para ella el Director no era más que un anciano cascarrabias cuyos tiempos de gloria habían pasado y debía ceder su puesto a nuevos talentos como ella. Sobre todo ella. Brad miró el reflejo de su propio rostro en la pantalla de su terminal: a sus sesenta y cuatro años consideraba que aún estaba en forma. No estaba demasiado gordo, lucía con orgullo unas enormes patillas tan blancas como el resto de su escaso cabello, que en su opinión acentuaban su personalidad, junto con unas cejas que parecían las alas de un halcón. También le encantaban sus grandes gafas de pasta, un anacronismo que conservaba porque no podía imaginarse sin ellas. En el fondo la apariencia era lo de menos: pensaba que intelectualmente aquella mujer se encontraba a años luz de él, quisiera reconocerlo o no. Volvió su mirada hacia ella de nuevo; Nalidia lo vio y le dedicó una sonrisa diabólica. Brad se la devolvió y saludó con la mano, mientras pensaba que era la mayor hija de puta que había conocido.

Se olvidó de ella y se fijó en la lámina de oro grabada con láser que tenía sobre la mesa. Albergaba un pequeño resumen sobre la llegada al poder de Hitler, la Segunda Guerra Mundial, y los años de posguerra. En la pared habían dispuesto también un mural informativo. Dichos datos eran fundamentales, ya que en virtud de la Segunda Ley de las Paradojas Temporales, en caso de tener éxito olvidarían no sólo a Hitler, sino todos los sucesos posteriores, que jamás habrían tenido

lugar, y por tanto no podrían recordarlos, a no ser que las teorías sobre universos paralelos que defendía con ahínco Nalidia fueran ciertas.

En la pantalla comenzó la cuenta atrás de diez segundos. Brad inspiró profundamente, y en cuanto llegó a cero, pulsó con decisión el botón verde.

2

Brad separó el dedo de la pantalla y miró la lámina de oro. No le hacía ninguna falta: seguía sabiendo perfectamente quién era Hitler. La misión había sido un fracaso. Una algarabía de voces y lamentos se adueñó de la sala de lanzamiento. Nalidia se levantó y se dirigió como un cohete hacia él. Lo que le faltaba. Antes de que llegara, activó el micrófono de sus auriculares y habló al equipo.

—Damas y caballeros, el experimento ha fracasado. Voy a ordenar a nuestro equipo en Alemania que busque los restos y cuanta información sea capaz de recopilar sobre el valiente capitán Berger, que ha dado su futuro por un mundo mejor. No debemos permitir que este fracaso haga mella en nuestro ánimo, sino que debemos trabajar con más intensidad si cabe. Se lo debemos al capitán.

Sonaron aplausos, que terminaron justo cuando Nalidia alcanzó a Brad.

—Te lo advertí, Brad. Te lo he dicho decenas de veces. Esto iba a ocurrir, ¡y no me has hecho el más mínimo caso! —dijo Nalidia, enfurecida. Brad se incorporó lentamente, y se enfrentó a ella, acercando tanto su rostro al de la mujer que sus gafas rozaron la frente de la físico.

—No sabemos lo que ha ocurrido. Sólo han pasado unos minutos desde el lanzamiento, así que en lugar de hacer conjeturas, deberías esperar a que tengamos más datos.

—¡No vas a encontrarlos, joder! ¡No en este Universo! ¡En él, el capitán Berger ha dejado de existir! —gritó. Brad le apuntó con su dedo índice como si fuera a volarle la cabeza con él.

—¿Ah, sí? Pues demuéstalo. Quiero hechos, no teorías. Me sobran las teorías; tengo cientos y cada día me presentan otras nuevas. Ponte a trabajar, en lugar de dar un espectáculo lamentable. Te vas a ganar unos cuantos detractores con esta actitud, lo que no te ayudará a quitarme el puesto.

—Estás acabado, Oneron. Te juro que ésta es tu última misión.

Brad soltó una carcajada.

—Lo veremos. Mientras tanto intenta comprobar si desarrollar una teoría sobre lo acontecido hoy, sin esperar a los datos de campo, se te da mejor que mover el culo cuando subes las escaleras.

Nalidia enrojeció de furia.

—Eres... Eres un hijo de puta —susurró. No le convenía a su imagen que todo el mundo la oyera insultar al director del proyecto.

—Vete al infierno y déjame trabajar —respondió Brad, ajeno al impropio.

Se olvidó de Nalidia e hizo un gesto a su asistente para que se acercara. Nalidia se alejó hecha un basilisco, negando con la cabeza, como si acabara de discutir con un completo imbécil. Vetera, la joven asistente del doctor Berger, se colocó frente a él, con cara de susto. Le temblaban las manos. Brad hizo un esfuerzo por sonreír; aquella jovencita con cara de colegiala era una de las mejores profesionales que tenía bajo su mando. No iba a descargar sobre ella su ira. Además de ser muy inteligente tenía una envidiable capacidad de trabajo. Se esforzaba siempre al doscientos por ciento. Su único defecto eran las dos coletas que gustaba hacerse a ambos lados de la cabeza, y que le hacían aparentar doce años.

—Vet, quiero que te encargues de la coordinación del equipo de Alemania. Necesito conocer de primera mano cuantos datos sean capaces de conseguir. Si los arqueólogos precisan algún tipo de permiso especial para hurgar en un cementerio, quiero saberlo de inmediato. Que los analistas se vayan a vivir a las bibliotecas germanas si es preciso. Sé que es una tarea inmensa, pero también sé que eres la mejor para llevarla a cabo.

Vetera asintió con la cabeza y se puso inmediatamente manos a la obra. Aquella chica era una joya.

Tener un equipo dispuesto para recopilar datos sobre el capitán Berger podría haberse entendido como falta de confianza en que el experimento tuviera éxito. Nalidia había usado ese hecho contra Brad desde el preciso instante, años atrás, en el que se tomó tal decisión, y ahora iba a utilizarlo de nuevo en su batalla sin cuartel para despojarle de la dirección. Sin embargo la medida demostró ser un gran acierto, pues gracias a la previsión del doctor Oneron en poco más de un mes habían conseguido información suficiente como para determinar, con bastante exactitud, cuál había sido el destino del Viajero. El problema radicaba en que los datos obtenidos eran tan fiables como extraños. Vetera se había superado a sí misma, y el dossier que le entregó al director en tan poco tiempo era impresionante. Brad se dispuso a leerlo por tercera vez. Quería aprenderse de memoria hasta el más pequeño detalle.

Los miembros de la sección de documentación habían encontrado una pista sobre un hombre llamado Markus Berger en los fondos digitalizados de una biblioteca berlinesa. El mero hecho de que existiera esa información ya implicaba que habían tenido muchísima suerte, puesto que la información sobrevivió a la guerra. Se trataba de la ficha médica de un hombre de cincuenta y seis años, con residencia en dicha ciudad, exactamente en la misma dirección que figuraba en

los documentos preparados por los expertos del doctor Oneron. Según figuraba en el informe médico, el sujeto había sido hallado vagando por las calles en junio del año 1921 (la fecha de destino del capitán había sido fijada en enero de ese mismo año; concordaba con el lanzamiento dado el error temporal inherente al mismo). La policía había informado al personal médico de que cuando halló al sujeto éste parecía ausente; era capaz de reaccionar a estímulos, como la voz de los agentes o la luz de los faroles, pero no podía hablar o comunicarse, ni siquiera mediante signos. En la comisaría se investigó la maleta de cuero que hallaron junto a él, haciendo hincapié en que contenía ropa de gran calidad y mucho dinero, por lo que el individuo debía ser de clase alta. Su estado mental era tan preocupante que la policía decidió llevarlo a un hospital psiquiátrico situado a las afueras de Berlín, donde quedó ingresado, y allí se le diagnosticó un retraso mental extremo, de origen totalmente desconocido. Su idiocia era tan absoluta que tan sólo era capaz de comer con cierta autonomía, usando las manos. Se hacía las necesidades encima; era incapaz de vestirse. En el documento médico se llegaba a comparar su estado con el de un animal salvaje. Jamás presentó la más mínima mejoría. La ficha se cerró en el año 1944: Berger murió durante un bombardeo aliado; un proyectil impactó en el jardín del establecimiento, donde se encontraban varios pacientes, falleciendo cinco en el acto (entre ellos Berger) y tres más posteriormente a causa de las heridas recibidas. Los arqueólogos hallaron los huesos del capitán en una fosa común de un cementerio berlinés gracias a los marcadores con que había sido irradiado. El estudio de los restos realizado por dos médicos forenses fue incontestable: el ADN de los huesos coincidía exactamente con el almacenado en la base de datos del Proyecto Renacimiento. Berger había llegado a Berlín con éxito, vivo, y con un error temporal mínimo. Pero ¿qué le había sucedido durante el viaje? ¿Por qué le encontraron así? Los forenses no pudieron hallar en sus restos ninguna explicación.

Brad pensaba que si el capitán había sobrevivido tanto tiempo fue debido a su aparente pertenencia a las clases más altas de la sociedad, por su porte y dinero. La policía, tras comprobar que en el hotel en el que presuntamente se alojaba no lo conocían, intentaría dar con familiares o amigos, obviamente sin éxito. Un hombre sin hogar ni familia, en ese estado mental, habría sido asesinado por el régimen nazi en el plan denominado "Aktion T4", en el Centro Psiquiátrico de Hadamar. Su presunto estatus social le salvó de la cámara de gas. A tenor de la ficha médica del hospital alemán, si le hubieran gaseado no se habría enterado. El cerebro del Berger había sufrido daños irreparables durante la travesía. ¿Qué había fallado? Tendrían que volver a empezar casi desde cero, reevaluando todo el equipo, y realizando nuevos experimentos con animales. Los éxitos iniciales les habían hecho asumir demasiados riesgos, y por esa razón el capitán había terminado sus días en un estado parecido al de un vegetal. Saber qué había sido de Berger con tanta precisión tenía su parte positiva, por otro lado. Si los archivos hospitalarios hubieran

desaparecido durante el bombardeo, Nalidia habría convencido a todos los integrantes del proyecto, incluyendo el Presidente, de que Berger había cumplido la misión y el mundo se había librado de Hitler y la Segunda Guerra Mundial... en un universo paralelo.

Brad cerró el informe y apagó el ordenador de su despacho con una orden vocal. Le dolía la cabeza, y estaba francamente cansado, pero necesitaba despejar su mente. Decidió que un breve paseo nocturno le ayudaría a relajarse, así que se puso el abrigo y abandonó el edificio caminando pesadamente.

Deambuló largo rato por los alrededores de la Universidad en la que se ocultaba su laboratorio, sin rumbo fijo, intentado apartar la investigación de su cerebro, cuando vio una pequeña iglesia en la que jamás había reparado. Lo más sorprendente era el nombre del pastor, que figuraba en el cartel de bienvenida al templo: Eugyn Börst. Brad había tenido un compañero en la Universidad que se llamaba así. Dudaba que en toda la nación hubiera dos personas con ese nombre, por lo que necesariamente tenía que tratarse de él. Cruzó la calle y se plantó frente a la puerta de la vivienda adyacente al edificio religioso. Sentía curiosidad, así que tocó el timbre. Nada más hacerlo se arrepintió de su decisión y se dispuso a marcharse, pero una joven abrió la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó ella asomando el rostro por la rendija que dejaba libre la cadena de la puerta.

—Buenas noches, señorita. Perdona que les moleste a estas horas, pero ¿podría ver al señor Börst? Me llamo Brad Oneron; fuimos compañeros en la Universidad hace un millón de años.

—Espere un momento, por favor. Voy a ver si puede recibirle.

La mujer cerró la puerta, y unos minutos después volvió a abrirse, esta vez sin cadena. Eugyn se lo quedó mirando muy sorprendido.

—¿Brad? ¡Cielos, hace más de veinticinco años que no te veía! ¡Pasa, hombre!

—Muchas gracias. ¿Esa joven es tu hija?

—La mayor, en efecto.

—Te felicito. Me alegra ver que has formado una familia.

Brad se quitó el sombrero y entró en la casa del pastor. Era un hogar humilde, pero tremendamente limpio y ordenado. Eugyn cogió el abrigo de Brad y señaló el sofá de la salita.

—Ponte cómodo, por favor. ¡Menuda sorpresa! ¿Te apetece tomar algo?

—Me vendría bien un whisky, la verdad. He tenido un día de perros.

—Eso está hecho.

Eugyn preparó dos whiskys con soda y le tendió uno a Brad, que sonrió ampliamente.

—Es increíble. Aún recuerdas mis gustos, a pesar de todo el tiempo que ha pasado.

—Tengo una memoria excelente. Dime, ¿a qué debo el honor de tu visita?

Brad dudó unos segundos. No podía dar ningún detalle sobre el proyecto, y sin embargo necesitaba urgentemente hablar; liberar su angustia.

—Estoy metido en una investigación muy compleja sobre... las paradojas temporales.

El pastor enarcó las cejas.

—Sorprendente. No sabía que los físicos de alto nivel os dedicarais a filosofar.

—Es un estudio muy denso que intenta demostrar científicamente la imposibilidad de realizar un viaje en el tiempo, a través del estudio de las paradojas —improvisó—. Te va a parecer una tontería, pero lo cierto es que me trae de cabeza. La tengo tan llena de matemáticas que necesitaba urgentemente tomar un descanso. Vi tu nombre en el cartel de ahí fuera y no me lo pensé. Perdona que te haya molestado.

Eugyn sonrió afablemente.

—Tu vida es la investigación de la física, que yo cambié por el estudio de las almas. En absoluto me molestas, pues mi trabajo consiste en reconfortar a la gente aunque no sea creyente. Porque tú no lo eres, ¿verdad?

—No, Eugyn. Para mí creer en un Dios es lo mismo que creer en las hadas. Soy científico; lo siento.

—¡Veo que no has cambiado nada! Te aseguro que Dios puede coexistir con la ciencia, aunque por supuesto no voy a intentar convencerte de ello. Una de las ventajas de la Fe es que nos permite analizar los problemas desde una óptica completamente distinta, como por ejemplo tus viajes en el Tiempo. A la luz de la religión es fácil ver que dichos viajes son imposibles, sin necesidad de tener que analizar complejas paradojas espacio-temporales.

—¿Ah, sí? ¿Podrías explicarme por qué? —respondió Brad, pensando en que el pobre Eugyn estaba completamente equivocado. Si supiera que aquella tarde había enviado a una persona al año 1921, quizás toda su Fe se tambalearía. O no: las personas religiosas, como en todos los tipos de fanatismo, eran capaces de adecuar cualquier cosa a sus creencias, incluyendo por descontado a la ciencia.

—Será un placer. En realidad es sencillo. Todo parte de la propia Esencia del Ser Humano, de su constitución espiritual. Verás...

Estuvieron casi dos horas hablando. Brad, lejos de reírse de las ideas del pastor, tuvo que reconocer que le habían sido de gran utilidad, y antes de regresar a la Universidad le agradeció efusivamente su paciencia, prometiendo volver muy pronto a verle, esta vez a una hora razonable.

Mientras retornaba a su casa tuvo una idea. Era tan descabellada que, de resultar cierta, habría que renombrar todo el proyecto, llamándolo Eugyn Börst en lugar de Renacimiento, y lo mejor de todo es que aunque iba a tardar semanas, quizás meses, en ponerlo en marcha, en tan sólo unos días (incluso mañana mismo con un poco de suerte) podría comprobar si había tenido éxito.

Al día siguiente de su encuentro con el pastor pidió siete días de vacaciones. Era la primera vez que lo hacía en años, lo que sorprendió a su equipo, que lo achacó al reciente fracaso de la misión Renacimiento. Todos daban por hecho que los días del director al frente del proyecto estaban tocando a su fin; sobre todo Nalidia, que preparó una ofensiva en toda regla para asegurarse el cargo aprovechando su ausencia.

Los tres primeros días se los pasó encerrado en casa, preparando el plan para llevar a la práctica la idea que se le había ocurrido tras hablar con Eugyn. El cuarto día hizo una reserva en un hotel de lujo de Bethesda, Maryland. Le sobraba el dinero, porque no lo gastaba (no tenía tiempo para hacerlo) y así aprovecharía su estancia en la ciudad para descansar y disfrutar de su único vicio reconocido: leer. También haría un recorrido por las librerías de la ciudad. Seguro que encontraba alguna joya.

Con los billetes de avión y la reserva hotelera almacenados en la memoria de su teléfono hizo una llamada al Centro Médico Militar Nacional Walter Reed, más conocido como Hospital Naval Bethesda (que tenía fama de ser el mejor hospital de todos los Estados Unidos) solicitando una entrevista con el oficial director del mismo. Consiguió concertar un encuentro sin dificultad. Una buena señal.

Antes de partir le comunicó a Vetera dónde iba a estar alojado, y un número de móvil de tarjeta que acababa de adquirir por si había alguna emergencia. Le rogó que no le dijera absolutamente a nadie dónde iba; no quería ser molestado durante sus días de descanso. Era una preocupación inútil, pues Vetera se habría dejado matar antes que permitir que alguien estropeará las vacaciones del director.

Tras hablar con Vetera pidió un taxi para que le llevara al aeropuerto.

3

El personal del Proyecto Renacimiento recibió a Brad como si hubiera estado meses alejado del equipo. Tanta efusividad le extrañó un poco al director, que no estaba acostumbrado a las muestras de cariño. Incluso Nalidia se acercó a saludarle brevemente en cuanto lo vio. Quizás para muchos era lo menos que podían hacer, ya que todo parecía indicar que muy pronto sería sustituido al mando. Pero si pensaban que Brad estaba acabado, se equivocaron por completo. Lo primero que

hizo fue ordenar una nueva supervisión de todos los equipos, sobre todo del software de lanzamiento, a pesar de que se acababa de inspeccionar. Acto seguido programó una batería de ensayos, tanto simulados como reales, con animales. Seguían teniendo fondos de sobra; el erario público no se iba a resentir por un puñado de millones de dólares.

Se enviaron perros y primates a diferentes épocas, siempre dentro de un rango de doscientos años. Brad quería "afinar la puntería" de los lanzamientos, y habían demostrado que el error era mayor cuanto más lo fuera el intervalo del salto. La prueba final consistió en enviar un orangután al zoológico de Nueva York, en un salto de una semana. El error temporal fue de tan sólo tres horas: un éxito sin precedentes, y el animal llegó en perfectas condiciones de salud. No fueron tan acertados con el salto espacial, pues el animal apareció a un par de kilómetros del zoo, creando un pequeño caos de tráfico en las atestadas calles de la ciudad.

Todo estaba listo para la gran prueba, el experimento final que Brad había ideado durante sus vacaciones. Tan sólo debía pulir un último detalle, el más importante de la misión. Y para ello necesitaba a Nalidia Varan. Por ese motivo había concertado una entrevista con ella en la sala de profesores de la Facultad de Ciencias Exactas del campus, que no sólo era territorio neutral, fuera del laboratorio: también estaba libre de cámaras de vigilancia y oídos indiscretos.

Brad acababa de entrar en la sala cuando apareció Nalidia. Aquella mujer podía ser muchas cosas, pero desde luego la impuntualidad no estaba entre sus defectos. Se había puesto un traje de chaqueta de color gris (Brad lo llamaba gris FBI): americana cruzada entallada, falda un palmo por encima de la rodilla, medias negras y blusa blanca. Un atuendo perfecto para una reunión de un consejo de administración o para un entierro. Brad supuso que la intención era esta última: sepultar profesionalmente a su competidor. Brad le rogó que se sentara e hizo él lo mismo.

—Bien, Nalidia, te estarás preguntando cuál es el motivo de esta reunión, ¿no es cierto?

Ella adoptó una pose de ejecutivo, sentada con las piernas cruzadas y las manos sobre la rodilla derecha.

—En efecto, aunque tengo mis teorías.

—¿Por ejemplo?

—Que vas a dimitir y me vas a proponer como candidata a sustituirte —dijo mientras exhibía una sonrisa que era pura ironía.

—Pues has acertado —afirmó Brad. La sonrisa desapareció, dejando paso a una expresión de asombro absoluto en el rostro de Nalidia.

—¿Cómo? ¿Así, sin más? ¿Sin pelea?

Brad se acarició la barbilla, pensativo.

—Yo no he dicho eso. Serás la próxima directora del proyecto, si antes consigues demostrar que tú tienes razón y yo estoy equivocado.

—¿Y cómo demonios quieres que haga tal cosa? La Teoría del Multiverso...

—Espera, Nalidia. No quiero enzarzarme en una discusión técnica que no nos llevará a ninguna parte, como siempre. Verás, he diseñado un experimento para comprobar si tu teoría es válida. Lo he llamado el "Proyecto Rescate". Sí, es una mierda de nombre, pero que resume perfectamente su objetivo.

—¿En qué consiste?

—Voy a enviar a un viajero, un ser humano, tres meses atrás en el tiempo. Su misión consistirá en evitar el Proyecto Renacimiento.

Nalidia parecía no entender nada, pero siguió escuchando sin intervenir.

—Enviamos al capitán Berger hacia el Pasado sólo para convertirlo en un vegetal y hacer que lo mataran en un bombardeo. El nuevo Viajero deberá impedir que lo enviemos allí; abortar la misión.

—¿Y en qué afecta eso a la Teoría de Universos Paralelos?

—Es sencillo, en realidad. Si el viajero consigue su propósito, no mandaremos jamás al capitán, por lo que de forma automática la línea temporal se adaptará a ese hecho. Puesto que hace poco que hemos sepultado en Arlington los huesos del pobre Berger, y no da señales de estar por aquí, abortar Renacimiento demostraría de forma evidente que tú estabas en lo cierto y yo no. Berger pasará a estar vivo en un Universo Paralelo, mientras que en éste sus huesos se pudrirán en el Cementerio Militar.

—Me parece un buen plan —intervino Nalidia— pero no sé en qué me afecta a mí.

—Pues es bien sencillo. Quiero que tú seas la viajera temporal.

Ella soltó una larga carcajada.

—¿Yo? ¡Estás loco! ¡De ninguna manera!

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que algo salga mal? Si es así, ¿No te afecta mandar a otros a morir?

—¡No se trata de eso!

—¿Entonces? Mira, así ganamos los dos. Te daré un documento firmado con mi dimisión, por si te cuesta convencerme cuando me ordenes cancelar Renacimiento. En ese Universo yo me jubilaré y tú pasarás a dirigir el Proyecto. En este, yo dimitiré igualmente, puesto que será necesario un experto en el Multiverso para seguir avanzando, y tú ya no estarás.

Brad puso un documento firmado sobre la mesa. Nalidia lo cogió: era efectivamente su dimisión como director del equipo, y en él se especificaba una única condición para hacer efectivo el cese: evitar el lanzamiento de Berger.

—Antes de que aceptes, si lo haces, quiero que sepas a qué te expones. No deseo presionarte. Durante mis vacaciones visité un hospital de veteranos.

El director sacó su teléfono móvil y le mostró una fotografía de un bonito jardín. Al fondo del mismo podía verse a una persona de espaldas sentada en una silla de ruedas, con la cabeza ladeada. Llevaba lo que parecía una bata blanca hospitalaria y una gorra de béisbol para proteger su cabeza del sol. Una enfermera estaba ligeramente inclinada sobre el paciente. Parecía estar hablándole.

—Si vuelve a repetirse el incidente de Berger, esto es lo que te esperará.

Nalidia apartó su mirada de la fotografía y se centró en el documento de dimisión. Tras estudiarlo con detenimiento lo metió en su bolso y extendió la mano derecha.

—No tengo miedo. Además, la prueba con Bob, el orangután, fue un éxito total. De acuerdo —dijo con cierta solemnidad—. Acepto. Seré la próxima Viajera.

Brad estrechó la mano de la doctora con firmeza.

—Lo importante es el bien de la Ciencia y el Progreso. A estas alturas ya no me importa reconocer los errores. Te deseo lo mejor; en tu Universo no sólo serás la directora del equipo de Investigación Temporal: habrás salvado la vida al capitán Berger.

Nalidia afirmó con la cabeza y se levantó.

—No voy a echarte de menos, doctor Oneron.

—Lo cierto es que yo a ti tampoco. Este experimento me va a costar el puesto, pero al menos me habré librado de ti.

—Y yo te habré derrotado. Voy a disfrutar restregándote este documento por la cara, ex-director. Ambos salimos ganando, en efecto —sentenció Nalidia.

Agarró el bolso firmemente, le dedicó una sonrisa triunfal a Brad, y abandonó la sala de profesores.

Todo estaba listo para dar inicio al experimento. Cuando la doctora Nalidia apareció en la sala el equipo prorrumpió en un fuerte aplauso. Se escucharon vítores incluso, como si estuvieran dando la bienvenida a un astronauta del Proyecto Apolo. Ella saludó con la mano a los presentes, les lanzó besos, e hizo el signo de la victoria con los dedos. Tras disfrutar unos instantes de su merecida ovación se introdujo en la cabina de lanzamiento, donde los técnicos la prepararon para

el Viaje. Una vez estuvo todo listo el jefe de ingeniería le dio un beso en la mejilla, levantó el pulgar y cerró la puerta.

Cinco minutos antes del final de la cuenta atrás, el botón de disparo se tornó de color amarillo en la pantalla de control de Brad. Éste se ajustó los cascos y abrió el micro para realizar una última comunicación con la Viajera Temporal. Comenzó a hablar en voz muy baja; el resto del equipo, incapaz de escuchar lo que estaba diciendo, supuso que se trataba de algo personal, porque además el director estaba usando una línea privada. Algunos dieron por sentado que las peleas entre Brad y Nalidia eran puro teatro, y que estaban liados.

Nalidia pareció sorprenderse mucho cuando Brad se dirigió a ella.

—Bueno, Nalidia, quedan cinco minutos. Quería despedirme, y también contarte algo que me ocurrió el día del lanzamiento de Berger. Un pequeño detalle del que no te puse al corriente.

Ella se encogió de hombros.

—Verás, estuve hablando con un antiguo compañero de la Facultad, que ahora es pastor. Le conté que estaba trabajando en las Paradojas Temporales, y se rió de mí. Me explicó por qué: según sus creencias es imposible enviar a un ser humano hacia el Pasado debido a la existencia del alma.

Nalidia soltó una carcajada.

—¡Qué gilipollez!

—Según él, cada cuerpo alberga una, es inseparable de éste, y única. Si enviamos a alguien a encontrarse consigo mismo en el pasado, tendremos dos cuerpos y una sola alma, por lo que uno de ellos quedará convertido en poco más que un simple animal. Para mi amigo, que se llama Eugyn, la Inteligencia Humana no es sino la manifestación del alma.

Nalidia le interrumpió.

—¿Por qué me cuentas todas esas chorradas? ¡Fantasías sin la menor base científica! Además, ¡Berger no se encontró consigo mismo! ¡Aún no existían ni sus abuelos!

—Eso mismo repuse yo —respondió afablemente Brad—. Me contestó que si una persona no existía en el momento del Viaje, no podía disponer de alma, pues ésta se asocia al cuerpo en la concepción.

—No sé a que vienen todas estas tonterías. ¿Quieres mortificarme? ¿Es una especie de venganza? Pues me parece un intento patético. No vas a lograr infundirme miedo.

—Llámalo Alma, Espíritu, Fuerza Vital... como quieras. Yo tampoco creo en religiones o dioses. Pero la cuestión es que mi amigo el pastor tenía razón.

Nalidia frunció el ceño; no entendía nada. Brad prosiguió.

—¿Te acuerdas de la foto que te mostré el día que nos reunimos? La tomé en el Hospital Naval Bethesda. La persona en silla de ruedas de la foto eres tú, Nalidia.

La doctora empalideció. Parecía que la sangre había abandonado su rostro.

—Me estás mintiendo, cabrón —murmuró—. Sólo quieres hacerme daño.

—En absoluto. Bueno, sí que te lo voy a hacer, pero es por el bien de la Ciencia y el Progreso. Gracias por donar tu Futuro a la Humanidad, doctora Nalidia Varan. Porque acabas de demostrar dos cosas: que no existen los Universos Paralelos, y la existencia del alma. Un hito sin precedentes.

Nalidia comenzó a forcejear con las correas que la ataban a la butaca. Los miembros del equipo miraron a Brad. Estaba claro que algo estaba pasando, pero él les tranquilizó con un gesto.

—¡Para inmediatamente! ¡Para el lanzamiento ahora! ¡Mientes! ¡Te mataré por hacerme esto! —gritó ella. Brad sacó una hoja de papel del bolsillo de su bata y lo desdobló. Luego lo mostró a la cámara. Era el documento de dimisión; exactamente el mismo que Nalidia llevaba en su bolso, dentro de la cabina.

—Por si necesitabas una prueba. ¡Vaya! Botón verde desde hace cincuenta y cinco segundos.

—¡NOOOO! ¡SÁCAME DE AQUÍ, HIJO DE PUTA! ¡ABORTA LA MISIÓN! ¡ABORTA! ¡HIJODEPUTAAAAAA!

—Adiós, Nalidia.

Brad pulsó el icono verde. El cuerpo de la doctora se disolvió. Todos los presentes se volvieron hacia el director, atónitos. No sabían qué demonios había pasado. Vetera se acercó y puso una mano en el hombro de Brad.

—Señor director, ¿qué ha ocurrido?

Él suspiró, y sacó otro documento de su bolsillo. Se lo entregó a su asistente.

—Toma, mi querida Vetera. Desde este preciso instante eres la nueva directora de Investigación Temporal.

—¿Su dimisión? ¿Por qué? ¿Y por qué yo?

—La causa estaba en esa cabina, y debes ser tú porque necesitaremos a alguien fuerte, inteligente e inflexible, que sea capaz de cerrar para siempre este proyecto. Los viajes en el tiempo deben finalizar. No podemos enviar seres humanos al Pasado. ¿Sabes cuál será el siguiente paso? Enviar una bomba atómica de mochila a Berlín el día de la toma del poder de Adolf Hitler, o algo parecido. Vetera, el Hombre no puede convertirse en el Dios del Hombre. Yo acabo de destrozar la vida de una joven doctora. El Presidente no dudará en exterminar a millones de inocentes con

tal de matar a Hitler. Es suficiente, amiga mía. Dejemos en paz al Tiempo. Fíjate: para demostrar la existencia del alma he destruido la de Nalidia y corrompido la mía.

Vetera le puso la mano en la frente.

—Brad, ¿se encuentra mal? ¡Está diciendo cosas muy extrañas! Voy a llamar al equipo médico.

Él acarició el rostro de la joven.

—No es preciso, querida. A quien tienes que llamar es a la Policía.

Brad enterró el rostro entre sus manos y comenzó a llorar, ante la mirada atónita de Vetera.

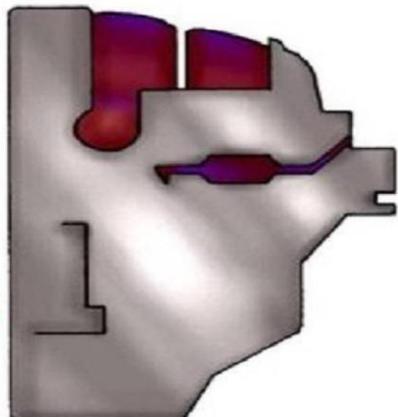
Leonardo Ropero Serrano

Leonardo Ropero nació en León y es ingeniero industrial. Su primera novela (“Crónica de Nerdhos”) quedó finalista en el IV Premio Internacional Minotauro de Literatura Fantástica y de Ciencia Ficción, siendo publicada bajo el título “La Estrella Oscura” (AJEC, 2009). Volvió a quedar finalista en la siguiente convocatoria del mismo concurso con la obra “Ángeles de Titanio”, publicada por Apache Libros (marzo de 2016).

En cuanto a sus relatos, “Recuerdos de un futuro improbable” recibió una mención de honor en el Concurso Andrómeda de Ciencia Ficción Especulativa 2007, y fue publicado en la colección “Libro Andrómeda” (2009). Ha colaborado en los cuatro volúmenes de la serie de relatos temáticos “(Per)Versiones”. “The Strange” fue publicado en la antología “The Best of Spanish Steampunk” (Ediciones Nevsky, 2015). “Pobres ovejitas” fue uno de los cinco finalistas del XXIII Concurso Domingo Santos 2014. “Ya no soy Sam” fue finalista en el I Concurso Cificom de relatos de ciencia ficción (2015), siendo publicado en la antología “El Abismo Mecánico” (Cápside Editorial, 2016). “La Novicia” quedó finalista en el VI Certamen TerBi de relato temático “Religiones” (2016). “El más horrible monstruo jamás contemplado” se incluyó en la selección de relatos para la II Convocatoria de relatos “Calabacines en el ático” (2016). “A la caza del Fantasma” quedó en tercer lugar en el Segundo Certamen de Relatos de Steampunk Valencia (publicado en la antología “Piratas” en septiembre de 2016). “Experimento fallido” fue finalista en el VII Certamen TerBi de relato temático “Universos paralelos” (2017), y “El final del camino” obtuvo el segundo puesto en el IV Premio Somnium de Ciencia Ficción y Fantasía (2018).

Algunos de nuestros colaboradores

T
E
R
B
I



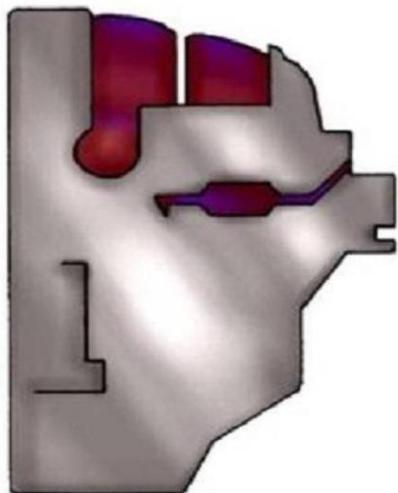
Juan José Aroz
editor **espiral** ciencia ficción

Últimos libros disponibles de la colección Espiral Ciencia Ficción. Pregunta por la oferta que tienen en: ecf1994@gmail.com

T
E
R
B
I

Mariano Villarreal (1967, Barakaldo) es licenciado en Informática y responsable informático del departamento de Hacienda y Economía del Gobierno Vasco. Desde 2003 es administrador de *Literatura Fantástica*, un portal web especializado en información y crítica de novedades de género fantástico y de ciencia ficción en España. Ha seleccionado las antologías *Terra Nova. Antología de ciencia ficción contemporánea* (4 volúmenes, uno de ellos en inglés), *A la deriva en el mar de las Lluvias*, *Mariposas del Oeste*, la recopilación bilingüe *Castles in Spain, Castillos en el aire. 25 años de fantasía y ciencia ficción española*, *Dark fantasies. Antología de fantasía oscura*, *El viento soñador* y *Ciudad nómada*, así como *Visiones 2006* y *Fabricantes de sueños 2000* y *2001* (en colaboración), todas de temática fantástica o ciencia ficción, para grandes editoriales como Penguin Random House y sellos especializados. Es miembro de Terbi-Asociación Vasca de Ciencia Ficción y durante cinco años fue administrador de los Premios Ignotus de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror. Ha publicado artículos y reseñas en numerosos medios especializados, entre ellos *The New York Review of Science Fiction*, además de participar como jurado en diversos premios como el Certamen Alberto Magno de Ciencia Ficción de la Universidad del País Vasco o el Xatafi-Cyberdark de la crítica especializada en literatura fantástica. Su labor ha merecido cinco premios Ignotus en las categorías de Mejor Antología (4) y Artículo.

T
E
R
B
I



Ángel Rodríguez

Su primera lectura de C-F es del 1970 con *Yo. Robot*. Desde entonces no ha parado de leer. Fundador del primer grupo escéptico *Alternativa Racional a la Pseudociencias*. Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Co-autor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine "El Fantasma". Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de ciencia ficción así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao TERBI.

Seleccionador de **Fabricantes de sueños 2006**.
Colaborador de varios autores, revisando sus originales.

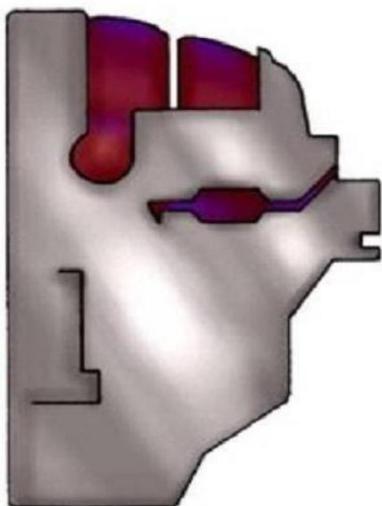


Alt64 es una asociación afín a la TerBi, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on-line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años. Su dirección web: www/alt64.org/wiki/

T
E
R
B
I



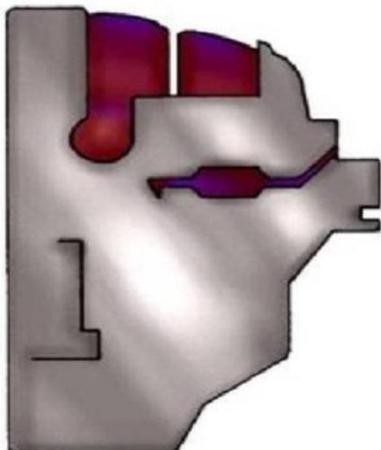
Joserra Vila

Administrador del canal TerBi de Youtube:

<https://www.youtube.com/user/TerBiCCFF/videos>

ha publicado varios relatos y artículos, entre ellos *Su seguro servidor*, (Axxon nº 162), *Ne frustra vixisse videar*, (Mundos desconocidos de Libro Andrómeda (2007)); *Tafiofobia*, (Visiones 2008, de la AEF CFyT). Ganador del **II premio Cryptshow Festival** (2009), en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal*. Prologó la antología *Utopía Final* de Libro Andrómeda (2010) con el artículo *Breve Historia de la Política en la Literatura de Ciencia Ficción*. También ha publicado en **Eridano especial Duodécimo aniversario** (septiembre de 2014) el relato *Foxie Hallyfax, Agente de Recuperación* y entre 2014-2015, en *Alfa Eridani*, una serie de artículos sobre *Películas imprescindibles del cine distópico de ciencia-ficción*.

T
E
R
B
I



Ricardo Manzanaro

Presidente de la TerBi. Mantiene un blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia—ficción:

<http://notcf.blogspot.com>

Escritor de relatos de ciencia-ficción y terror y dos novelas cortas: “Sin castigo”

(http://www.ficcioncientifica.com/pages/sin_castigo) y

“ADN Gestión” -<https://www.ciencia-ficcion.com/autores/biblioteca/bsdefnovelas.htm>



ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TERBI



TerBi, Asociación Vasca de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror

Contacto: manzanaro@gmail.com

La TerBi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales.

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte



¿QUIERES SABER MAS...?



Nos puedes encontrar en:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo TerBi de Facebook

<https://es-es.facebook.com/groups/60167318666/>

El Taller Literario TerBi de Facebook

<https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/>

Y si no has podido asistir, puedes ver las Jornadas

TerBi en nuestro canal de YouTube

<https://www.youtube.com/user/TerBiCCFF/videos>